

JT
CWH

T. 876825 C.

NUESTRA SEÑORA

DEL

B R E Z O



TOLEDO

IMPRESA Y LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE JUAN PELÁEZ

Comercio, 55, y Alcázar, 20.

1894



J. Thomas & C.^a Barcelona

V. R. DE N. S. DEL BREZO

APARECIDA EN LAS MONTAÑAS DE LEÓN

Están concedidos por varios Sres. Obispos 200 dias de Indulgencias á los que rezaren una Ave Maria ó Salve delante de su Imagen, ó retrato



Á LA VIRGEN SANTÍSIMA DEL BREZO

Recibid, Madre clementísima, este pequeño trabajo, hecho con el fin de contribuir en algo á la propagación de vuestro culto entre vuestros amados hijos de la montaña de León.

Y ya que he sido hasta hoy un pródigo que abandonó en mal hora el hogar paterno, alcanzazme, Madre mía, de vuestro Hijo Santísimo y mi Hermano mayor, que en adelante jamás me separe de la casa de mi Padre, que está en los cielos, y que le sirva agradecido á tantos favores y tantas gracias como he recibido de su infinita misericordia por vuestra intercesión poderosa.

¡Que todas mis potencias y todos mis sentidos se empleen en el servicio de vuestro Hijo y mi Dios; y puesto que, sin méritos míos, he sido elevado á la altísima dignidad de vicegerente suyo en la tierra, sepa corresponder al llamamiento divino, dedicándome por entero á su servicio y al vuestro!

Os lo pide con toda su alma, Señora y Madre, vuestro siervo, que no merece llamarse hijo

Ramiro Fernández.

AL PIADOSO LECTOR

Agotada la edición de La Rosa del desierto, hecha en León en 1866, el Capellán-Administrador del santuario del Brezo obtuvo licencia del Ilmo. Sr. Obispo de León para reimprimirla y satisfacer así los deseos de los devotos peregrinos, que quieren conservar en su casa un recuerdo perenne de la visita á aquel lugar santificado con la aparición de la Madre de Dios.

Mas no pudiendo hacerlo por sí mismo, dado que en aquellos pueblos no existe clase ninguna de imprenta, nos suplicó si queríamos encargarnos de la nueva tirada, autorizándonos para quitar, añadir, variar y refundir lo que nos pareciera, atendiendo al mayor provecho de los devotos y gloria de María Inmaculada.

Así lo hemos hecho, suprimiendo un discurso sobre los fundamentos, importancia, necesidad é interés general de la devoción de los fieles á Nuestra Señora; en vez del cual nos ha parecido mejor dar una noticia compendiada del culto de María en España, con el que la tributan los habitantes de las montañas de León.

Asimismo eliminamos el resumen histórico del Santuario de Nuestra Señora del Brezo, poniendo en su lugar la historia de la aparición de la Virgen conforme á la relación del P. Benedictino Fr. Plácido Flórez, que nos pareció mejor hecha y más acomodada á la capacidad de la mayoría de los lectores, añadiendo la descripción de la ermita y sus vicisitudes desde el siglo XV hasta hoy.

De los hechos milagrosos publicados por el P. Flórez hemos entresacado aquellos que fueran de mayor edificación, prescindiendo de otros, no menos auténticos, pero poco acomodados á las circunstancias de nuestro tiempo.

Al final va la novena á la Virgen del Brezo con himnos y cánticos que pueden aprender los fieles para honrar con ellos á la Madre de Dios.

A la letra de estos himnos hemos añadido la música, por si van algunos ejemplares á manos que entiendan algo de notas musicales.

Ahí tienes, amado y piadoso lector, la nueva historia de la Virgen del Brezo, que para tu bien espiritual hemos arreglado. ¡Que la Virgen-Madre premie tus devociones y aprendas en este pequeño volumen á amarla con más devoción cada día!

Toledo Fiesta de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo á 3 de Mayo de 1894.

CAPÍTULO I

El culto de María en España.

¿Qué afinidad misteriosa existe entre la Santa Madre de Jesús y la Nación española, para que sea este País mirado como su tierra predilecta? Si no la visitó durante su vida, como la Palestina, el Egipto y el Asia Menor, ¿qué motivo hay para que la haya prodigado sus favores de un modo especial, mirándola como una de esas regiones donde se ha morado durante algún tiempo, en la cual se han dejado amigos y de la que se conservan gratos recuerdos? ¿Por qué su devoción se arraiga en España desde los primeros tiempos del cristianismo con tal vehemencia, con tal entusiasmo que su historia particular se va ligando con la del culto mariano? Ello es, que siguiendo paso á paso nuestra historia nacional, encontramos un recuerdo, un portento ó una tradición, vinculados á cada uno de los hechos más gloriosos que llevaron á cabo nuestros mayores, y una reminiscencia de María en cada una de sus más célebres y heroicas empresas, cuya sucinta relación servirá como de

entrada y explicación á la vez de la historia de Nuestra Señora del Brezo.

Esclava España de la dominación romana, principia á vislumbrar su independencia en la predicación del Evangelio y en la venida de los santos Apóstoles y sus discípulos y sucesores los siete apostólicos varones. A este primer hecho va unida, y más que unida ligada, la tradición nacional de la venida de la Virgen María á Zaragoza personalmente y en vida, para visitar á Santiago, que á la sazón predicaba allí el Santo Evangelio. Luego ya no puede decirse que la Virgen María no estuviera en España alguna vez durante su vida, como en Palestina, Egipto y Éfeso, siquiera no estuviese de asiento como en aquellas regiones, y dado el que estuviera en Éfeso, según afirman generalmente los orientales.

La devoción de María se propaga por España en la época de la dominación arriana y se hallan noticias de Iglesias dedicadas á su culto. Después los monarcas visigodos, convertidos al catolicismo, continúan consagrándola Iglesias y ofreciéndola ricos *ex votos* y coronas de oro. El Primado de la Iglesia de España, San Ildefonso, defiende la pureza de María, y merece por este escrito los plácemes de santa Leocadia, aparecida ante el rey,

su corte, clero y pueblo, por un milagro estupendo. La Reina del cielo baja á la Catedral de Toledo en la noche de Navidad, ocupa la Silla Primada y reviste á su devoto apologista de rica y preciosísima casulla, quedando éste desde entonces con el título glorioso de *Capellán de la Virgen María*.

Levántase Pelayo en Asturias para restaurar la independencia de España, perdida después de la aciaga batalla del Guadalete. Acosado por numerosas huestes agarenas, se atrinchera en las asperezas escabrosas del Auxevea con un puñado de godos fugitivos y aguerridos montañeses, y allí vela y pelea por ellos la Virgen María, cobijándolos en la gruta de Covadonga, cuna de la restauración cantábrica y de la nueva patria.

Allá en las fragosas quiebras de Roncesvalles sufre una derrota Carlo-Magno, que á las miras de su ferviente catolicismo reunía otras demasiado terrenales y de codiciosa dominación, cual bajo estafío que adultera los quilates y la ley del oro: allí también la efigie de María viene á sentar su culto en la hospedería de piadosos eremitas, que dejando á un lado cuestiones de nacionalidad y rencores de provincialismo, se dedican á dar albergue á los peregrinos que de lejanas tierras vienen á visitar el

sepulcro del santo Patrón de España. Y cuando los reyes del Pirineo avanzan hasta el otro lado del Ebro, van estableciendo, para culto de María, grandiosos monasterios donde erigen sus panteones en Irache, Leire y Nájera, al pie de los altares de María; mientras los monarcas leoneses la erigen Catedrales en Lugo, León y Burgos, poniendo en sus altares ricas efigies de plata cubiertas de pedrería.

Más allá, en un extremo de la Península, álzase aislada la célebre montaña, cuyas enhiestas colinas quedaron hendidas cuando se estremeció la tierra, al sentir la pesadumbre de la Cruz en que espiraba el Creador del mundo, quedando los aislados picos cual corona de la cóncava montaña, testimonio de la perturbación sufrida. Como si no bastara el espectáculo singular que allí ofrece la naturaleza y el poético recuerdo del estremecimiento sobrenatural que lo produjo, la tradición viene á realzarla con la dramática historia del ermitaño Garín, cuya última conversión fué debida á un milagro portentoso de María.

Según vaya avanzando la reconquista, cada rey, cada príncipe, cada magnate español consignará en sus crónicas una tradición en obsequio de María, y esta tradición, unida á nuestra historia

nacional, la registrará la historia patria en sus anales y la embellecerá la poesía en sus cantos populares.

Al conquistar Alfonso VI á Toledo devolverá al culto cristiano la santa Basílica, donde María ocupó la Cátedra Primada, apareciendo á San Ildefonso, y celebrará la fiesta de Nuestra Señora de la Paz. Pero la leyenda, poco satisfecha con esta narración sencilla, supondrá al monarca irritado al saber que la capitulación ha sido violada por la reina y el Arzobispo, y que hubo de templar su cólera á ruego de los mismos vencidos, instituyendo aquella fiesta en memoria del suceso.

En la conquista de Zaragoza por Alfonso el Batallador vendrá María á defender el portillo de la muralla, por donde los musulmanes intentan penetrar cautelosamente en la ciudad, aprovechando las tinieblas de la noche y el sueño de los vencedores.

En Sopenetrán supondrá que Ali-Menon, hijo del Rey moro de Toledo, vencedor de los cristianos de la Alcarria, cae luego prisionero de ellos y rescatado por la Virgen, y bautizado, la erige allí mismo un gran santuario. También se lo erige en Veruela D. Pedro de Atarés á la efigie de María, que se le aparece en medio de deshecha borrasca, liber-

tándole del rayo. Allí establece á los hijos de san Bernardo, que por entonces aumentan en Aragón y Castilla la devoción de la Virgen María, en que tan tiernamente los había educado su reformador el santo abad de Claraval.

Al ganar la ciudad de Albarracín la casa navarra de Aragón la erigirá en señorío independiente, y para no prestar homenaje á ningún monarca terreno, los señores de ella se titularán *Señores de Albarracín y vasallos de Santa María*. Alfonso VIII, al ver á medio millón de musulmanes amenazar nuevamente la independencia ibérica, á duras penas afianzada, llama en su auxilio á los otros monarcas de España, sus parientes, despliega el estandarte de María, que sirve de pendón al ejército, al par del de la cruz, y obtenido un portentoso y casi increíble triunfo en las Navas de Tolosa y las fraguras de Muradal, envía á Roma la bandera ganada á los musulmanes, y á las Huelgas de Burgos el estandarte de María, que aún sombrea su sepulcro y parece velar el sueño del piadoso monarca.

Por su parte, el rey de Navarra lleva á su país las cadenas que defendían el recinto donde el emir de los creyentes había puesto su regio pabellón, y después de tomar aquellas cadenas por

armas de la libertad de su reino, destina el hierro de que están hechas á cerrar la Capilla de María en la Catedral de Pamplona. Así el nombre de la Madre Augusta del Salvador se liga en nuestra historia aun á los detalles más diminutos de nuestras glorias nacionales más insignes.

San Fernando, que siempre llevaba en sus expediciones militares la imagen de María sobre sus arneses, conquistada Sevilla, coloca aquélla, agradecido, en la Iglesia Mayor, convierte en templo mariano la célebre Mezquita de Córdoba y propaga por toda Andalucía el culto de la Virgen-Madre. Entre tanto el piadoso maestre de Santiago, nuevo Josué cristiano, al ver que las sombras de la noche van á proteger la fuga del ejército musulmán derrotado, no se vuelve al sol poniente para que detenga su curso, sino que, invocando á la que es auxilio de los cristianos y á la vez estrella del mar, exclama lleno de fe con poderoso acento: ¡SANTA MARÍA, DETÉN TU DÍA! Y la luz continúa alumbrando la captura de los musulmanes y el triunfo completo de los cristianos; edificando después, en testimonio de gratitud por aquel insigne beneficio, el suntuoso templo llamado hoy de TENTUDIA, sobre la cima de una elevadísima cumbre en la Sierra de León (Badajoz). Por todos los riscos

y valles de España aparecen por entonces á millares las efigies de María, escondidas por los cristianos visigodos y muzárabes para librarlas de las algaras de los alarbes.

Unas veces misteriosos resplandores, ó una rutilante y pasajera estrella, indican el sitio donde permanece oculta una efigie bajo una campana ó en bóveda de ladrillo; otras se aparece á pobres y piadosos pastores, como en el Tremedal, Aranzazu, Nieva y el Brezo; otras revela en sueños á piadosos sacerdotes el paraje donde hallarán su efigie. En Madrid se abre el cubo de la Almudena para mostrar el tesoro que allí se oculta, desde tiempo inmemorial, con luces incombustibles; ó bien es un peregrino que de luengas tierras viene impulsado por irresistible fuerza y superiores luces á descubrir otra efigie en la cúspide ignorada de la Peña de Francia, ó un cristiano muzárabe que, hallando la imagen en un *atochar*, la fabrica una capilla y la defiende valeroso contra los insultos musulmicos, sin perdonar á su mujer é hija, á quienes priva de la vida por conservarlas la honra, recibiendo graciosamente de la Señora la vida que la ofrecieran en holocausto.

Marcha á Francia é Italia con su venerable Prelado el canónigo de Osma, Domingo de Guz-

mán, y en las regiones confinantes con España combate briosamente, más aún con el ejemplo que con la palabra, á los herejes albigenses, precursores del moderno socialismo, y al fundar un grandioso Instituto que predique, enseñe y reforme santamente, recibe también de la Virgen María el *Santo Rosario*, una de las devociones más generalizadas y fructuosas de la Iglesia, principalmente en España, donde no había casa en que no se rezara en familia; devoción practicada por todos los santos, que desde entonces cuelgan á su cintura las cincuenta y cinco cuentas benditas, como rica condecoración cristiana, que indica la bendición y protección de María, al par que el más ferviente catolicismo.

El hijo de san Fernando, dejando la pluma del legislador y cronista, el compás y el astrolabio del astrónomo, pulsa á veces el laúd en momentos de inspiración para entonar en la fabla castellana piadosas cántigas á María, cual primicias de la poesía naciente; y en tiernas endechas nos conserva noticias de algunos de sus milagros y las glorias de los santuarios más célebres por aquellos tiempos. Y más adelante, cuando algunos extranjeros vengan á importar á España los descubrimientos del arte tipográfico, consagrarán asimismo á la Madre de Jesús las primicias de su industria, imprimiendo

en una de las ciudades marítimas y en un lenguaje medio español, medio provenzal, las *Trobes et llaors de la Vierge Maria*.

Allá en la célebre ciudad condal, á cuyos pies se duerme el Llobregat, después de haber besado cariñosamente el pedestal de la Virgen de Monserat, un monarca belicoso, amigo y digno émulo de san Fernando, que añade á la corona de Aragón otras tres coronas, como añadiera aquél otras tantas á la de Castilla, recibe en sueños la orden misteriosa de fundar un Instituto de santos obreros de misericordia que rescaten á pobres cautivos, comprándoles la libertad á costa de la suya y aun de su misma vida. Secúndale su santo confesor, hijo de santo Domingo, y el piadoso comerciante Pedro Nolasco recibe de sus manos en la capilla condal el hábito blanco de María, y el rey pone en los de sus hijos y discípulos el glorioso escudo de la cruz de Sobrarbe y las sangrientas y gloriosas barras de Cataluña.

El nombre de María se invoca por D. Alfonso en la batalla del Salado y también los Reyes Católicos al conquistar á Granada claman fervorosos por el nombre de María consagrándole nuevos y numerosos altares, y un caballero cristiano clava con su puñal el rótulo AVE MARÍA en las puertas

de la mezquita mayor, como para tomar posesión de ella antes de ganarla. La poderosa casa de Mendoza y de los duques del Infantado ostentará ese rótulo en su escudo, como los antiguos caballeros de la *Banda* en Castilla y del *Grifo* y la *Hidria* en Aragón ostentaban aquellas divisas en sus armas y en sus pechos, para demostrar su devoción á María y la piadosa consagración á su culto.

Al descubrir los españoles las nuevas Indias y un nuevo mundo ignorado y aun negado de los antiguos, llevarán desde luego á sus florestas é inmensos páramos el culto puro y dulce de María, transportado por medio del Océano en la nao capitana *Santa María*, en lugar de los sacrificios sanguinarios y horribles de sus ídolos guerreros y rapaces; y en Guadalupe y en Copacabana y en otros mil parajes, al demoler oratorios y nauseabundas *crues*, elevarán altares á la Virgen sin mancilla con los nombres de las advocaciones españolas, y á veces su culto y sus milagros reflejarán de las Indias á la madre patria.

Y entre tanto que la Europa central, hablando de reforma sin reformarse, aborta errores groseros y reniega del culto de María y de sus santas tradiciones, derrocando sus altares en el mediodía de Francia y en las montañas suizas, España, afian-

zada en su devoción, se mostrará refractaria á esos abortos del infierno, sostendrá sus piadosas tradiciones con la firmeza que se simboliza en el *Pilar* santo fijado por Santiago á orillas del Ebro, y la devoción á María la servirá de preservativo contra la epidemia germánica reinante. Alzando protestas santas contra la protesta impía, iniciará nuestra patria piadosas reformas, reformas verdaderas en los Institutos monásticos, que luego reformarán á los pueblos con la oración, el ejemplo y la palabra.

Un día llegará de incógnito á las puertas de Monserrat un capitán lisiado, noble guipuzcoano, herido de bala extranjera en la brecha del castillo de Pamplona, colgará su espada en los muros de su Iglesia y disfrazado con humilde saco se esconderá en la cueva de Manresa, donde María le dicte un libro que ha de servir para reformar el mundo y sus costumbres, y que el catolicismo pone al lado de *La imitación de Cristo* y de esos pocos libros inspirados que, después de las Sagradas Escrituras, son los mejores y valen por miles de esos otros volúmenes que abruman las bibliotecas sin lectores y sin fruto. En aquella cueva vislumbra en confuso otra compañía, siempre formidable al error y objeto de odio para toda impiedad, compañía de la cual ha de ser capitán y adalid, y cuya bandera

desplegará en París en los altos de Montmartre un día de la Asunción con otros seis estudiantes, casi todos españoles.

Nace en Avila una joven hidalga que, abandonando las comodidades de la casa paterna, se encierra en un claustro del Carmelo, de donde sale bajo el amparo y protección de la Virgen para reformar ese y otros Institutos mendicantes. Cunde su reforma en los conventos de varones y pasa de España á Francia, Italia y Bélgica; y sintiendo el general impulso se reforman al mismo tenor los Institutos de la Trinidad, de la Merced y los ermitaños de san Agustín. Teresa, la santa reformadora, toma en todas sus empresas por protectora á la Virgen sin mancha y ésta la dirige visible é invisiblemente. Un día, al ir á ocupar su silla en el coro, como priora, encuentra sentada en ella á la Madre de Dios, como la halló en otra ocasión solemne su capellán san Ildefonso.

Poco después un clérigo joven, del ilustre linaje de los Calasanz, abandona su patria y se establece en Roma, para enseñar allí el catecismo y las primeras letras á los niños pobres y desvalidos. Con la energía característica de Aragón y la actividad y espíritu emprendedor de Cataluña, confinante con su pueblo natal, erige bajo la protección

de María una Congregación de clérigos pobres que titula de la *Madre de Dios de las Escuelas Pías*, y después de no pocos azares y persecuciones, llega á ser un Instituto floreciente en Italia, Polonia y otros países de la Europa central y en su misma patria.

También por entonces otro paisano y amigo suyo, llamado Ruzola en el siglo, pasando de los carmelitas calzados á la descalcez teresiana, toma el nombre de la Virgen; marcha á Viena como Legado Pontificio; alienta á los católicos oprimidos por los luteranos, y al ver vacilar á los fieles agobiados por el número de sectarios del error, toma un cuadro de María villanamente profanado por éstos; se pone al frente del ejército católico; le exhorta á confiar en Dios; se lanza en medio de los enemigos y logra que se gane la célebre batalla de Praga, trayendo á Roma las banderas cogidas á los protestantes que se ostentan en la Iglesia de la Victoria, decorando el altar de María. A ella invoca D. Juan de Austria en lo más recio del combate de Lepanto, donde España, llevando el estandarte de María regalado por san Pío V, abate para siempre el orgullo musulmán y la amenazadora prepotencia de la media luna. Poco después un caballero napolitano, del ilustre linaje de los Caraciolos, viene á la corte de España, para

lograr la aprobación de otro Instituto religioso de clérigos dedicados al culto del Santísimo Sacramento y de la Virgen, tomando el nombre de *clérigos marianos*, ó menores, como si al implantarla en Madrid y otros puntos de España quisiera pagar á ésta la deuda contraída, por lo que en Italia habían hecho los santos fundadores ibéricos antes citados.

Durante el siglo XVII, el monarca, las Universidades, los Cabildos, las Cortes y todos los españoles suplicaron á porfía á la Santa Sede que declarase como dogma la piadosa creencia acerca de la Concepción Inmaculada, que ya los obispos españoles habían defendido y pedido en Trento con empeño. El rey y las Cortes ponen la monarquía bajo la advocación y amparo de María en su advocación de *Purísima*; los Ayuntamientos y otras muchas Corporaciones eclesiásticas, civiles y literarias juran defenderla y guardar su fiesta, y se formula y manda por pragmática invocarla en los sermones y en varias preces con la fórmula, que todavía se usa, después de las alabanzas al Santísimo Sacramento del altar.

En un rincón de Castilla, á las faldas del Moncayo, que esconde su frente en continua niebla, una humilde religiosa escribe desde su convento de Agreda una preciosa vida de la Virgen, intitulada

Mística Ciudad de Dios, la cual hace durante dos siglos las delicias de nuestros padres, á pesar de los rudos ataques de la crítica extranjera contra su texto y revelaciones. La literatura y la poesía españolas conspiran á porfía para mantener en todo su fervor y pureza las glorias de María, siguiendo las huellas de san Ildefonso y de Alfonso el Sabio. Lope de Vega, Calderón, los Argensola, Quevedo, Jáuregui, todos los poetas españoles de alguna nombradía se esmeran en pulsar su lira, entonando cánticos á la Virgen-Madre, y forman en su obsequio como un riquísimo y hermoso ramillete de las mejores flores de su ingenio; y en medio de la corrupción general de nuestra época y del rebajamiento del buen gusto hacia un sensualismo sórdido y un materialismo grosero, todavía nuestros modernos vates se inspiran en María Inmaculada, para entonarla tiernas plegarias, con que parecen desinfectar la pesada atmósfera, que la lubricidad del amor impuro viene formando en la literatura contemporánea.

Cuando la voz del venerable Pontífice Pío IX pide dictamen á los Prelados de la cristiandad, á los Cabildos y Corporaciones sabias para proceder á la declaración dogmática del misterio de la Concepción Inmaculada, la Iglesia española, y aun pu-

diera decirse, la Nación entera, siempre devota de María y defensora constante de la pía tradición, no falta á su puesto de honor, y pide unánime á la Santa Sede que eleve á dogma lo que era ya doctrina corriente más que piadosa creencia.

Algún tiempo después la revolución que desde años antes venía enseñoreándose de España como de los otros países cristianos, se desencadena furiosa contra la Iglesia y las cosas santas en España y fuera de ella: entonces surgen también por todas partes Instituciones y Sociedades piadosas de personas de ambos sexos, como viva protesta contra el liberalismo desenfrenado, que pretendió aclimatar entre nosotros el protestantismo caduco, su progenitor, para llevarnos al letal indiferentismo; poniéndose todas bajo la protección de María y tomando su advocación. Las señoras más nobles se alistán bajo el título de *Hijas de María*, para restaurar templos y dotar de ropas y otros objetos á las Iglesias pobres; otras forman la Asociación de *Señoras Católicas*, bajo la protección de la Inmaculada, para erigir escuelas católicas y oponerse á la propaganda del error; otras con el título de *Siervas de María*, se dedican á la asistencia de los enfermos y moribundos en sus casas. La *Juventud Católica* forma Academias que pone bajo la protección de

María en su Concepción Inmaculada; y por doquiera, en proporción que arrecia la tormenta y cunde la propaganda del mal, se aumenta el fervor decaído y la devoción á la Madre del Salvador, patrona de España.

Tal es, trazada á grandes rasgos, la historia del culto de María en España desde la predicación del Evangelio en la Península hasta nuestros días, y la estrecha é íntima correlación de la historia del culto mariano en ella con su historia nacional, no sólo eclesiástica, sino también secular y civil. Santiago el Mayor, Recaredo, Recesvinto, san Ildefonso, Pelayo, D. Alfonso el Casto, D. Sancho el Mayor, Alfonso VI, Alfonso el Batallador, Alfonso el Noble, san Fernando, Alfonso el Sabio, Jaime el Conquistador, todos los reyes, en una palabra, todos los santos, todos los personajes célebres que figuran en nuestras crónicas generales y en las de León, Toledo, Sevilla, Zaragoza, Barcelona y otras ciudades de España y América, toman una parte importante en este culto y estampan su nombre en ese gran album con algún hecho notable, cual viajeros que, al visitar un monumento célebre, quieren dejar allí la noticia de su estancia.

CAPÍTULO II

El culto de María en las montañas de León.

Si España entera puede considerarse como un gran templo donde se da culto perpetuo á la Madre-Virgen, las montañas de León vienen á ser como el *Sancta Sanctorum* de este templo, como la parte del territorio español en que el amor á María forma una nueva vida de aquellos montañeses y es para su alma lo que el aire oxigenado de sus bosques es para sus pulmones.

Educados aquellos sencillos habitantes en el más puro catolicismo desde los siglos primeros, no permitieron que allí arraigase ninguna herejía, y de aquellas breñas salieron los dardos que habían de herir de muerte al adopcionismo de Félix y Elipando, que llevaba envuelto en sus pliegues heréticos la negación del culto de Hiperdulia, tributado por la Iglesia á la Madre Dios. Beato y Heterio impugnaron desde Liébana la herejía adopcionista, no dejándola entrar en los dominios más queridos de la Virgen, que son los riscos de la cordillera cantabro-asturica. Allí, en esa misma

cordillera, está la veneranda cuna de la restauración cristiana después de la invasión mahomética, y en Covadonga apareció la Virgen Santa para dar la victoria á sus fieles montañeses contra los bárbaros sarracenos.

Por lo cual, aquéllos, agradecidos á las bondades de la Señora, continuaron honrándola con más ahinco aún que lo hicieran antes de aquella memorable fecha. Las pruebas de este amor y rendido vasallaje á la Madre del Redentor por parte de los montañeses de León, se multiplican cada día y están patentes á todos, porque son públicas y, lejos de avergonzarse del amor á su Madre, lo publican, como la Esposa de los cantares, á los cuatro vientos.

No haremos mención de que en todas las Iglesias hay una capilla dedicada á María, siendo en muchas la Patrona del pueblo y ocupando, en consecuencia, su imagen veneranda el sitio preferente del altar mayor; porque esto es común en España. Lo que es peculiar de aquella región, tan pobre como devota de María, consiste en que, desde tiempo inmemorial y que se pierde en la noche de lo desconocido, en cada aldea hay como una especie de congregación de Hijas de María, formada por todas las jóvenes y solteras del pueblo sin excepción. Ellas

nombran cada año una ó dos mayordomas ó camareras de la Virgen, para que en las fiestas de ésta y en los primeros domingos de cada mes, se encarguen de vestir la sagrada imagen lo mejor que sepan, para salir en procesión alrededor de la Iglesia; así como tienen igualmente á su cuidado el alumbrado de la Virgen durante los divinos oficios de la mañana y el rosario de la tarde, que se reza en la parroquia por la feligresía reunida con su párroco, desde el Adviento, por lo menos, hasta terminado el tiempo pascual.

Los gastos que ocasiona la cera, vestidos y alhajas de la imagen de María, se reúnen pidiendo las camareras á las vecinas del pueblo, cada una de las cuales entrega de lo que tiene; ésta un celemin de trigo, aquélla otro de centeno, la de más allá una libra de lana, medio celemin de garbanzos, un queso, dos libras de manteca, etc., etc., y todos estos efectos son vendidos en el mismo pueblo ó en el mercado de la villa por la mayordoma, que aplica el producto al culto de María, rindiendo cuentas al cesar en su mayordomía, cuentas que suelen ser un modelo acabado de buena administración.

La piedad ingeniosa de las jóvenes inventó otro medio de allegar recursos, que, por la creciente

corrupción de costumbres, va cayendo en desuso. Consiste éste en que las camareras salgan á *peinar* á los transeuntes en tiempo de primavera. Al efecto, llevan la pandereta y un peine envuelto en su cinta de seda en señal de autorización y símbolo de mayordomía mariana, que las acredite ante el viajero como legítimas camareras de la Virgen, y le piden una limosna para María. Después de algunos discreteos, entrega el transeunte lo que tiene á bien, depositándolo en la pandereta y oyendo de labios de la peticionaria un «la Virgen se lo pague», que sale del fondo del corazón.

Son incalculables los bienes que producen estas asociaciones de jóvenes, sobre todo si están dirigidas por un párroco celoso, y á ellas es debida en gran parte la pureza de la fe y sencillez de costumbres de aquellas montañas que, con la devoción á María Inmaculada, maman los niños al pecho de sus madres. Así es que, cuando hace algunos años comenzó á extenderse entre nosotros la congregación de Hijas de María, apenas tuvieron nada que hacer los señores párrocos de aquellos pueblos, puesto que allí estaba ya establecida con profundísimas raíces.

Otro hecho no menos elocuente de la especialísima devoción de aquel país montuoso á la Madre

de Jesús, está en la multiplicación de santuarios y ermitas, dedicados á María, en montes y valles, riscos y laderas; no habiendo apenas una aldea que, además de la imagen de la Virgen conservada en la Iglesia parroquial, no cuente con algún santuario dedicado á la Reina de los Ángeles y de los hombres, ya bajo una advocación, ya bajo otra de las muchas con que la Santa Iglesia nos enseña á venerarla y la Señora se ha complacido en mostrarse á los mortales. Pondremos algunas como muestra.

Comenzando por la parte Norte del Brezo, son célebres en toda Liébana la Virgen de *Valmayor*, cuyo santuario dista un kilómetro de Potes, en donde es muy venerada aquella imagen y á la cual profesan los fieles especial devoción, considerándola como abogada contra la sequía; pues siempre que esta calamidad aflige al país, acuden en rogativa á Valmayor y obtienen el remedio de ella. Su fiesta principal se celebra el 15 de Agosto.

En Valdebaró y pueblo de Pembedes, en la hermosísima campiña del puerto de Áliva, que da acceso á los Picos de Europa, encuéntrase el santuario de la Virgen de la *Salud*, celebrándose su fiesta principal el 2 de Julio, día en que concurren á saludar á la Virgen en piadosa romería de casi

todos los pueblos de Liébana, pero en especial de los doce que forman el valle de Baró. También es muy visitada, en ese día y otros, de los fieles asturianos de la parte occidental del principado, los cuales, por caminos de cabras, llegan á Cain, atraviesan á Valdeón y bajan hasta Pembes á saludar á la Madre de Dios en su venerada imagen; ó bien desde Cabrales, atravesando aquellos picos empinadísimos van á buscar el camino practicado por los mineros de Ándara para bajar el mineral de aquellos criaderos.

Más famoso y visitado que los anteriores es el santuario de María que, bajo el hermoso título de *Virgen de la Luz*, se venera en Aniezo y dista del pueblo una legua al sur. Suelen los devotos encargar en aquel templo de María celebración de misas durante todo el año. El día de san Marcos llevan á Aniezo la sagrada imagen, reteniéndola en la iglesia parroquial hasta la terminación de la novena; y el 2 de Mayo sacan en procesión la misma Imagen hasta Santo Toribio, que dista más de dos leguas; allí se celebra Misa solemne y continúa la procesión á Potes, donde rezan el santo Rosario, regresando en el mismo día, ya de parte de tarde, á Aniezo. Además de esta fiesta y larguísima procesión, á la que concurren de todo el país,

tienen otras en los días de la Natividad de san Juan Bautista y de la Natividad de María.

Omitimos otros muchos santuarios dedicados en Liébana á la Reina de los Ángeles y Madre de los hombres, para dar alguna noticia de los que se hallan en las vertientes meridionales de la cordillera cantabro-asturica y en la misma latitud próximamente que el del Brezo.

Celebérrima es en las montañas de Reinosa la Virgen de *Montesclaros*, donde hay una comunidad de religiosos dominicos y á donde concurren de todo el país los devotos en demanda de bienes de alma y cuerpo, que la Señora concede con generosidad y amor de madre á cuantos la invocan. Más al occidente y en la parroquia de santa María de Nava se halla el santuario del *Carmen*, cerca de las minas de Barruelo y distante unas dos leguas de Cervera del río Pisuerga; éste y el de la Virgen del *Llano*, no lejos de Aguilar de Campóo, en el término de Cervera, pertenecen al arzobispado de Burgos, que confina por aquella parte con el obispado de León. También en el territorio que llaman de Ojeda se halla la ermita, bastante concurrida, de Nuestra Señora del *Rebollar*, en término de Vegabur, perteneciente á la diócesis de Palencia.

Saldaña posee el hermoso templo de la Virgen

del *Valle*, á menos de media legua de la Villa, que celebra en él dos concurridísimas fiestas, una de rogativas en Mayo y otra el día 8 de Septiembre. Cervera tiene igualmente su ermita dentro del perímetro del pueblo, además de tener dedicada la parroquia á María en el misterio de su Asunción gloriosa, bajo el título de Nuestra Señora del *Castillo*, siendo allí tradición que la imagen se apareció en un subterráneo de la misma roca sobre la que está edificado el templo parroquial. Llámase *La Soledad* la imagen de María dolorosa venerada en la ermita de la Cruz.

Entre Villalbeto y Renueva está la Virgen de la *Loma*, como cerca de Congosto se halla la Virgen del *Otero*, á quien hacen función el 15 de Agosto; y en Tabanera la Virgen del *Rabanillo*, á donde concurren los pueblos de Valdavia, principalmente Ayuela y Valderrábano, que están más próximos; lleva el título del *Dulcísimo Nombre de María*, y celebran su fiesta principal el 8 de Septiembre.

Dando vista al río Carrión, y en el extremo oriente del páramo que le separa del Cea, se alza majestuoso el santuario de la Virgen del *Carmen*, perteneciente á la parroquia de Guardo y dominando la villa por el occidente á guisa de atalaya.

Poco más arriba, y á una legua de distancia de Guardo, y medio kilómetro de Velilla, sobre la margen derecha del Carrión, al Norte de este último pueblo, del cual forma parte como si fuera su arrabal, está la ermita de la Virgen llamada de *Areños*, que recibe el culto de los habitantes de Velilla.

Caminando más al occidente, y entrando en la cuenca del Cea, hallamos el santuario de *Yecla*, tocando con la margen izquierda del río en el pueblo de Villaverde, distante una legua de Almanza; al Norte de esta ribera y en el pueblo de Tejerina, casi tocando con las casas por la parte Sur, en escabrosísimo terreno, descansa tranquila la ermita de *Retejerina*, y como á igual distancia de ambos puntos, en Valderrueda, está la de Nuestra Señora de *Vega*, á donde van en procesión desde la parroquia cantando el santo Rosario los habitantes de Valderrueda, Villacorta, Soto y La Sota el 8 de Septiembre.

Pero entre todos los santuarios de María de la cuenca del Cea sobresale por su fábrica, por su origen, por el culto y devoción de los fieles, no solamente de aquella comarca, sino de otras más distantes, el de la Virgen de la *Velilla*, colocado en las estribaciones orientales de Peña-Corada, eleva-

dísima sierra que separa de la parte llana la montuosa de la provincia de León por aquella parte. Pertenece á la Mata de Monte-Agudo, pequeña aldea que apenas dista medio kilómetro del santuario. Es este una preciosa Iglesia, sostenida como el templo de Salomón por un terraplén, apoyado á su vez en un muro que contiene las tierras y separa el templo del inmediato arroyo, que pasa besando los pies sagrados de María. La imagen es una de tantas aparecidas como refiere la historia mariano-española. Concurren á aquel sitio en todo tiempo y más principalmente en los días 15 de Agosto y 5 de Octubre.

Sobre el Esla encontramos la ermita de la *Vega* en Sorriba; la Virgen de *Pereda* en Argovejo, cuya fiesta celebran el 8 de Septiembre, acudiendo en romería de todos los pueblos circunvecinos; Nuestra Señora de *Roblo* entre Las Salas, Valbuena y Salomón, que por turno hacen la fiesta el domingo infraoctava de la Natividad de María; *Quintanilla* en Riaño, á donde va el pueblo procesionalmente el domingo infraoctava de la Asunción; *Riosol* en Maraña, en lo más alto del puerto y cerca del límite que separa la provincia de León de la de Asturias; acuden á su función el 15 de Agosto, no solamente los pueblos altos del valle de Burón,

sino también los del otro lado del puerto de Tarna, celebrándose una pequeña feria; *Arcenorio*, ya en terreno asturiano y próximo á Polvoredó; también aquí hacen feria de ganados el 8 de Septiembre; *Pontón*, que se halla en la bifurcación del camino que desde Retuerto va á los valles de Sajambre y Valdeón; *Corona*, entre Valdeón y Caín, situada en una pequeña explanada donde descansaron las tropas del marqués de la Romana cuando venían del Norte á defender la patria en tiempo de la guerra de la independencia, después de haber atravesado riscos apenas accesibles á las cabras; y por último la ermita de la Concepción en Pedrosa del Rey, dentro del mismo casco del pueblo.

Sobre el Porma están: la ermita de *Pegarúas*, media legua al Poniente de Lillo; *Las Nieves*, un kilómetro al Sudeste del mismo pueblo, muy concurrida y visitada de los inmediatos en el día 5 de Agosto, y *Barbadillo*, entre Armada, el Campo y Utrero. ¡Lástima que esta última esté derruida hace algunos años! ¡Y que no haya alguna persona devota que promueva su reedificación, como hizo D. Antonio Valbuena con la de Pedrosa que, habiendo sido destruída por el tiempo, consiguió reedificarla, y hoy hace las veces de parroquia, por el mal estado del templo parroquial!

La cuenca del Curueño cuenta en lo más alto de la montaña el santuario de la Virgen de *Vegarada*, próximo al pueblo de Redipueñas, y refugio de transeuntes en tiempo de nieves, para lo cual tiene su correspondiente hospedería, así como las ya citadas de Pontón y Riosol, y otras que citaremos á continuación. Lleva el título del Carmen y la obsequian los montañeses del lado de allá y del lado de acá del puerto el día 8 de Septiembre.

En la ribera del Torio reciben culto la Virgen del *Pandillo*, perteneciente al pueblo de Gete, que hace la fiesta el 15 de Agosto; la de *Boinas*, entre Garrafe y Pardavé, su función se celebra el mismo día de la Asunción; la de *Manzaneda*, en el pueblo del mismo nombre, que la honra principalmente el 8 de Septiembre.

El Bernesga, desde su nacimiento en el puerto de Pajares, va arrullando con los murmurios de sus aguas y festejando á la Inmaculada María en las ermitas y santuarios que baña, como la ex colegiata de *Arbas*, á la entrada del puerto no lejos de Busdongo; la de *Villanueva del Camino*, en el pueblo de su nombre; estas dos imágenes reciben cultos de los montañeses de allende y aquende el puerto, esto es, de leoneses y asturianos; la de *Barrio*, en el mismo pueblo, cuya fiesta principal

es el día de la Natividad de María; la del *Buen-suceso*, entre la Pola de Gordón y la Robla; y, por último, la más célebre y concurrida en toda aquella comarca, á cuyo santuario acuden de todas partes de la provincia y aun de las limitrofes, como Zamora, Lugo, Orense, Palencia y Oviedo; la Virgen del *Camino*, colocada en la carretera general de León á Galicia, á tres leguas de la primera y á cuatro de Astorga en una hermosísima y dilatada planicie que forma allí el páramo que se extiende entre la cuenca del Bernesga y la del Órbigo. Todos los días del año hay peregrinos en aquel celeberrimo santuario; pero León le envía sus vecinos principalmente el día 29 de Septiembre y el día 5 de Octubre, en los cuales puede decirse que *todo León* abandona sus casas para visitar la Virgen del Camino.

Las aguas de los ríos Luna y Omaña reflejan también en su cristalina superficie muchos templos de María, esparcidos en los valles y montañas que forman sus cuencas; tales son, entre otros, el de *Carrasconte*, muy visitado de asturianos, laceaniegos, omañeses y babianos, sito en lo alto de Babia dando vista á Laceana, distante 4 kilómetros de Piedrafita y próximo al nacimiento de los ríos Luna y Sil, celebrándose su fiesta el 15 de Agosto;

dos leguas y media más al Sur, y sobre el mismo río Luna, se venera el santuario de Nuestra Señora de *Lazado*, á medio kilómetro de Villasecino, siendo su principal fiesta el 8 de Septiembre y habiendo decaído mucho este santuario de su antiguo esplendor por disminución de la concurrencia de fieles; el de *Pruneda*, á 2 kilómetros de Rabanal, sobre el mismo río, cuya romería es el 25 de Marzo; el de *La Seito*, sobre el Omaña, á 2 kilómetros de Rodicol y Sabugo, cuya principal fiesta es la Anunciación; el de *Pandorado*, no lejos del pueblo de Omañuelo, en la cuenca del mismo río, celebrándose con bastante solemnidad y concurrencia la función principal en el martes después de Pentecostés; el de *Garandilla*, distante 4 kilómetros de Valdesamario, festéjase en él á la Virgen María con gran solemnidad en el aniversario de su nacimiento; y para terminar la enumeración de santuarios en esta parte de la montaña, recordaremos el de la *Virgen de la Piedad*, de Campo-Sagrado, equidistante de Benllera, en la diócesis de León, y de Rioseco, en la de Oviedo, al pie de la carretera de León á Caboalles.

Omitimos todo lo restante de la cordillera hasta la provincia de Lugo con el feracísimo valle del Bierzo, por estar ya demasiado distante del Brezo y no ser necesario alargar más esta reseña de templos

dedicados á María Santísima en aquella devotísima montaña, fuera de las Iglesias parroquiales.

Por ella, aunque muy incompleta, se viene en conocimiento de lo mucho que aman á su Madre los montañeses de León, cuando en medio de su pobreza han llenado los riscos y las breñas, los valles y laderas de casas de refugio en las que la piadosa Señora oye con cariño maternal las súplicas de sus hijos, favoreciéndoles en todas sus necesidades y principalmente en la conservación de la fe cristiana, tan arraigada entre sus habitantes, ya que de la Virgen canta la Iglesia que «dió muerte á todas las herejías de todo el mundo», *cunctas haereses interemisti in universo mundo*.

¡Dichosos ellos mil veces si saben conservar este inapreciable tesoro de la devoción á María! Ella les corresponderá con favores señalados y los librárá del pestífero veneno de la herejía liberal, que va cundiendo por todas partes, cuyas funestas doctrinas son la antítesis de la verdadera devoción fundada en la humildad, puesto que la raíz de donde el liberalismo procede es la satánica soberbia.

Vamos ahora á dar cuenta un poco más detallada de uno de los santuarios célebres de la montaña de León, que lleva por nombre *La Virgen del Brezo*.

CAPÍTULO III

Origen del santuario.

Copiamos de la historia del Brezo que, con el título de *La más noble montañesa*, publicó en Valladolid en 1728 el P. Fray Plácido Flórez, de la Orden de san Benito, lo que sigue:

«En la villa de Cáceres, noble y antigua población en la fertilísima provincia de Extremadura, vivían dos pastores hermanos, que se llamaban Pedro y Diego. No se sabe su apellido propio; sólo nos consta que, noblemente agradecidos, dejaron el que les dió su honesto nacimiento y sólo fueron conocidos por el renombre del Brezo. A estos dos pastores tan felices se les apareció en sueños la Emperatriz de los ángeles, toda rodeada de luces, pero tan templadas que, previniendo el susto á tan soberano y repentino favor, sólo sirviesen á persuadirles la majestad. Aunque sea digresión, no puedo omitir el reparo de que esta soberana Reina en sus imágenes haya tenido más universalmente el gusto de ser hallada ó aparecida á los pastores. Tenemos de este favor en España muchos sabidos

ejemplos y, por no detenerme en este discurso, dejo á la curiosidad los motivos.

»Despiertos ya y admirados, oyeron que se les decía *que fuesen luego á buscar un sitio, que llamaban la fuente del Brezo, que está en las montañas de Liébana, hacia la villa de Cervera, porque allí quería que la adorasen y fabricasen su morada.* No dieron cabal asenso á tan celestial aviso, sin duda porque discurrieron con humilde sencillez, que no podían ser capaces de tan divino favor. No se ofendió esta Señora de su inobediencia y disculpable incredulidad, porque en casos semejantes y otros muchos menos se aventura en detenerse en creer, que en creerlo todo con ligereza pueril.

»Volvió la noche inmediata á aparecérseles con los mismos resplandores, y para alentar su timidez les añadió su dignación: *Que ella les asistiría en la jornada y les sacaría con felicidad de todas sus dudas y recelos.* Quedaron con esta segunda visita más confusos, y aunque interiormente inclinados á obedecer el aviso, no tanto les detenía la falta de asistencia á su familia, lo áspero y prolijo del camino y el arriesgado logro de su intento en tan distante y montañoso país, cuanto el exponer su buen nombre á la variedad de dictámenes. En esta perplejidad tomaron el acertado arbitrio de consultar el

suceso con las personas de mayor crédito y distinción; y haciéndose el caso público, se verificó su recelo; pues, encontrados los pareceres, les persuadían unos con discreta piedad que no debían resistirse á tan extraordinarios y repetidos avisos, cuando tantas circunstancias les calificaban por seguros. Decíanles otros menos detenidos que serían sin duda ilusiones diabólicas ó, cuando menos, alegres travesuras de la fantasía. Ya se deja entender su gran congoja y turbación en tan opuestas persuasiones; pues no hay mayor torcedor para un ánimo deseoso del acierto que el mismo temor de aventurarle á vista de iguales razones. Presto se serenó esta tormenta; pues empeñada esta Señora en aquietar sus cuidados y desterrar sus temores, se les apareció tercera vez con mayor copia de luces, y aunque siempre benigna, no dejó de reprender con afable ceño su irresolución y tardanza, mandándoles al mismo tiempo que, sin la menor dilación ni consulta, pusiesen en ejecución lo que tantas veces les había mandado y prevenido, y que, de no obedecerla, experimentarían pronto su enojo.

» Con esta tercera aparición se dieron por vencidas sus dudas, y persuadidos ya á que era ilustración superior, se la hicieron manifiesta á algunas

personas eclesiásticas, no por modo de consulta, sino por motivo indispensable de su ausencia y despedida y de merecer sus oraciones para tener buen viaje. Para afianzar esta dicha y adelantarse este consuelo, fueron á despedirse y tomar la bendición del Sr. Obispo, quien brevemente informado de tan maravilloso suceso y cristianamente envidioso de su felicidad, no sólo aprobó su destino, sino que les alentó mucho y advirtió las muchas y graves dificultades que acaso les representaría el demonio para entibiar sus deseos en esta solicitud, como tan conducente al mayor servicio de Dios y de su Santísima Madre.

»Con esta santa y tan autorizada exhortación, cobraron nuevos alientos, y teniendo muy presentes las señas que les había dado la Virgen, empezaron luego á preguntar por la montaña de Liébana y por la sierra del Brezo. Bien se conoce que sus mismas ansias anticipaban sin reflexión esta pregunta; pues no era fácil que, á jornadas tan cortas, adquiriesen noticia cierta de la dicha montaña, y mucho menos de la sierra. Prosiguieron animosos su camino hasta acercarse más al deseado término, y aunque en aquellos contornos les señalaron fácilmente la montaña, ayudando á esta facilidad su misma altura, no lograron las últimas

noticias de la fuente, por ser sitio no conocido en aquellos parajes. No obstante, se consolaron mucho con este informe, y sin perder de vista la montaña, como apetecido objeto de su alto destino y sagrada concha de tan preciosa perla, lograron, en fin, en aquellas vecindades individuales noticias de la fuente; si bien les previnieron los naturales la suma dificultad en encontrarla, no sólo por la confusa maleza de los árboles, sino por la encumbrada escabrosidad de los riscos, á donde con conocido riesgo llegaban tal vez los ganados. No acobardó esta prevención sus fervorosos deseos, que no deben ser éstos menos valientes para empresas tan sagradas que para profanas empresas.

»Empezaron á subir y al mismo tiempo vencer las intrincadas malezas y espesuras de aquel tosco y basto promontorio. Cada senda que encontraban creían que les encaminaba al deseado sitio; y cortado muchas veces el hilo de sus esperanzas, hallaba nuevo motivo su fervor para implorar la guía y asistencia de su fidelísima Patrona. Reconvinieronla devotos con la palabra que les había dado de dirigirles y ampararles, haciéndose cargo al mismo tiempo de que entregados á aquel confuso bosque, era tan dificultoso y tan arriesgado el volverse, como el proseguir su viaje. Esta re-

flexión, y principalmente la fe, les encendieron nuevos bríos para no fiar su fortuna de la engañosa observación de las sendas y esperar toda su dicha de la que es Madre de la esperanza santa. Con estos nobles impulsos prosiguieron avanzando peñascos y empinados riscos, hasta descubrir una llanura donde encontraron un arroyo. No era grande su caudal, pero en su misma corriente ó precipicio, daba claramente á entender su descontento. Siguieron cuidadosamente su margen hasta hacer las informaciones de su origen, y certificados ya de todas las señales descubrieron á breve espacio la fuente, más noble, sin duda, por depósito de tesoro tan divino que por la calidad de sus aguas.

»Aquí creo yo que empezarán los recíprocos abrazos y parabienes de ver tan bien logradas sus fatigas y haber llegado á tan apretada estancia. ¿Quién dudará del cordial rendimiento y alegre ternura con que darían á esta Señora repetidas gracias por haberles elegido por instrumento para que en aquel inculto paraje se estrenase su devoción y nuevo culto? ¿Quién negará las muchas y grandes utilidades que de esta tan prodigiosa aparición se han seguido á estos nobles y afortunados montañeses? ¿Quién dijera que la desgrefñada sierra

del Brezo se había de transformar en santuario y templo de María Santísima? ¿Cuántas almas y de remotos países han buscado sedientas las saludables aguas de esta purísima fuente y hallado la más eficaz medicina á sus espirituales y corporales dolencias? Mucho debemos todos á esta Madre clementísima; pero, sin duda, son más deudores los pueblos, que por más cercanos, disfrutan más frecuentemente su poderoso patrocinio. Realza y encarece más su fortuna la imponderable circunstancia de haber sido esta soberana Reina la que les buscó y escogió, por tan extraños medios, para ofrecerles y convidarles con su continua intercesión, como en tantas ocasiones lo ha acreditado su piedad. Verdaderamente que sería gresero olvido é ingratitud sacrílega el no corresponder amantes y agradecidos á tan rara é incomparable fineza.

»Gozosos, pues, de ver tan bien logrados sus deseos, fabricaron brevemente una choza pequeña, que sirviéndoles de abrigo, les sirviese también de resguardo contra las muchas y diversas fieras que habitaban aquel monte. Concluída fácilmente la fábrica y llegada la noche, tomaron posesión de su albergue. Sería proporcionado el sueño á su gran cansancio y sin echar de menos las blandas lisonjas de las plumas; pues de otro pastor más deli-

cado sabemos que durmió muy bien sobre unas piedras, que les sirvieron de almohadas. Empeñada esta Señora en la prosecución de sus favores, se les volvió á aparecer en la misma forma que en Cáceres; mostróseles muy afable y risueña, como dándoles las gracias por su fe, por su constancia y desvelos. Dijoles: *Que á la mañana verían una copia suya en aquel sitio, toda cercada de luces; y que era su voluntad, que en el mismo lugar en que la viesen la fabricaran un templo, en donde la venerasen sus devotos.* Y cumpliendo, como tan noble, su palabra, vieron al despertar, con lágrimas de gozo y de ternura, la misma imagen que hoy se venera en su Iglesia.

»No se sabe de dónde vino este bello simulacro; sólo podemos con fundamento discurrir que sucedió con esta sagrada imagen lo que con otras muchas, á quienes, en la furiosa irrupción de los moros, escondieron y retiraron los cristianos á los sitios más fragosos, cautelando, por este medio, los groseros desacatos de tan infame canalla. Y como los juicios de Dios tienen para la ejecución su prefinido ó determinado tiempo, acaso suspendió su providencia el que se descubriese este tesoro hasta que los Reyes Católicos acabasen de desterrar de sus dominios á aquellos bárbaros infieles, tan de-

clarados enemigos suyos como de su santísima Madre.

»Corrió ligera la voz por todo aquel venturoso país, y conmovida la devoción con tan venturosa novedad, fué tanto y tan continuado el concurso, que en breve tiempo se hizo tratable camino los que antes eran inaccesibles peñascos. Miraban todos á su Serrana divina en una pobre cabaña, sin más ostentación ni más adorno que la tosca tapicería de unas ramas, que, haciendo en esta función toda la costa, también servirían de dosel á tan sagrada deidad. Miraban tarabién á los dos peregrinos como á Colonos de aquella India, sólo habitada de las fieras, á quienes darían con razón mil parabienes, por haberles dado á conocer en su misma tierra tan noble y graciosa paisana. No se pasaron muchos días sin que se experimentase su hidalga afición y gratitud; pues concurriendo todos á proporción de sus medios y á impulsos de su piedad, se fabricó en poco tiempo el hermoso templo que hoy se ve, tan fuerte y lucido como majestuoso, en donde, con devota impaciencia y sin esperar otros adornos, colocaron festivos á la que ya miraban como sagrado imán de sus afectos.»

Hasta aquí el P. Flórez, cuyas palabras hemos copiado literalmente sin poner ni quitar, y sobre

las cuales se nos ocurren varias observaciones, pero nos contentaremos con exponer una de ellas.

Según la relación del P. Plácido Flórez, á quien siguió en este punto D. Domingo Hevia, que fué algunos años capellán del santuario del Brezo, en cuya restauración trabajó no poco después que, por la expulsión de los frailes el año 35, quedó casi abandonado y en estado lastimoso, los pastores, á quienes se apareció la Virgen en Cáceres, eran naturales de aquella ciudad extremeña. A nosotros, en cambio, nos parece más probable y más admisible que los tales pastores favorecidos de María fuesen oriundos de las montañas de León y acaso acaso de algún pueblo de la Guzpeña ó de otro punto inmediato al sitio donde más tarde se había de levantar el templo de la Virgen.

Fundamos esta nuestra opinión en el modo ordinario que tiene la Providencia de ejecutar sus obras maravillosas, *con fortaleza y suavidad, fortiter et suaviter*, como nos enseña el libro de la Sabiduría. Ya se ve que no hay repugnancia ninguna en que la Madre de Dios enviara á dos extremeños á tierras tan distantes para que buscaran allí su imagen bendita; pero parece que, teniéndolos en tanta abundancia de aquellas montañas, cuyos habitantes estaban dedicados casi todos al pasto-

reo del ganado trashumante hasta que éste ha ido desapareciendo poco á poco, no quedando apenas restos de lo que era al principiar el siglo, y yendo á invernar con sus ganados á Extremadura, como van hoy mismo los pocos rebaños que van quedando, era más natural que encargara á los serranos (así llaman los extremeños á los leoneses) la busca de su imagen, que podían hallar con relativa facilidad en terrenos que debían serles muy conocidos. Hace bien pocos años pastaban en el mismo sitio donde está el actual santuario del Brezo las merinas del conde de Canilleros, cuya cabaña se extinguió con la muerte del padre del conde actual, señalándose por los vecinos de Villafria el local donde se hallaba el chozo de los pastores con los corrales de dormida, que aún se distinguen perfectamente.

Si á esto añadimos que enviar á dos cacereños con encargo de buscar la fuente del Brezo en las montañas de Liébana, que desde Sanglorio van bordeando la provincia de León y después la de Palencia, internándose en la de Santander y ocupando un terreno dilatadísimo de montes y brezales, tan comunes en toda aquella cordillera, sin más señas ni guía de ningún género, era como pedir un imposible; tanto más, cuanto que el

Brezo no está en territorio de Liébana, sino fuera de él, en la parte montuosa de la actual provincia de Palencia, se verá claro que la Virgen María no había de mandar una cosa que los pastores no podían humanamente cumplir.

Lo probable, por consiguiente, es que los pastores favorecidos con las visiones celestiales fueran montañeses que estaban invernando en Cáceres al cuidado de las merinas de alguna de las muchas cabañas trashumantes, que pasaban el verano en aquellas montañas y el invierno en Extremadura. De otra suerte habría alguna noticia de la Virgen del Brezo en aquella ciudad extremeña, donde es completamente desconocida. Como prueba de ello véase lo que nos dice el Sr. Arcipreste de Cáceres, D. Manuel Corrales, en atenta carta de 25 de Febrero del presente año, respondiendo á unas preguntas que le habíamos hecho: «Desde luego me convencí de que por aquí no había noticia del suceso á que Ud. se refiere en la suya; pues hace veintitrés años que resido en esta ciudad y jamás he oído lo que Ud. cuenta. Mas, para mayor seguridad, he preguntado á sacerdotes ancianos de ésta para cerciorarme, y nada han oído. De modo que, si el hecho tuvo lugar, como aquí no afectaba más que por ser naturales de esta ciudad los hermanos

(que tal vez estaban expatriados de esta tierra), no tuvo en ella gran resonancia el suceso, ó se extinguió pronto el ruido que aquí hiciera.»

La observación del Sr. Corrales en cuanto al estar expatriados los hermanos, está muy en su lugar, partiendo del supuesto de que fueran cacerreños los pastores, á la vez que coincide con nuestra hipótesis de que estuvieran allí temporalmente, siendo serranos. ¿Es posible, si hubieran sido naturales de Cáceres los favorecidos hermanos, que no se conservara en aquella religiosa ciudad alguna reminiscencia del hecho? En verdad que la Madre de Dios, para establecer su culto en las rocas de Masabielles, no buscó á ningún extraño, sino á una joven de Lourdes; y para ser venerada en la Saleta, no fué por pastores al Pirineo, sino que los encontró en la misma cordillera de los Alpes. Esta nuestra observación ni quita ni pone en el relato histórico, que admitimos desde luego. Lo que hace es facilitar la credibilidad del hecho, añadiendo una circunstancia que lo haga más verosímil y lo ponga más en armonía con el modo ordinario que guarda la Providencia divina en el gobierno del mundo y en la dirección de sus escogidos.

CAPÍTULO IV

Emplazamiento é historia del santuario del Brezo.

En la cordillera Cantabro-asturica, á 38 kilómetros al Norte de Saldaña, en la provincia de Palencia; á 50 kilómetros al Sur-Oeste de Potes, en la de Santander; á 38 al Sudeste de Riaño, en la de León, y á 25 al Oeste de Cervera, en la de Palencia, que son las cuatro cabezas de partido más próximas; á 15 kilómetros del río Carrión por el Oeste y 25 del Pisuerga por el Este, se halla la pequeña aldea de Villafría, perteneciente en lo civil á Palencia y en lo eclesiástico á León, á raíz de la sierra caliza que desde el Pisuerga separa la parte montañosa de la llanura hasta morir en la ribera del Esla y pueblo de Cistierna. Sobre Villafría se encuentran dos elevadas peñas, separadas entre sí por el cauce de un arroyuelo y un estrecho y escabroso camino de 3 kilómetros, á cuyo extremo Norte, é inclinándose un poco sobre la izquierda, se ve un hermoso templo en medio de horrible desierto.

Después de salir de la hoz formada por las peñas dichas, de las cuales la de la derecha,

mirando al Norte, llaman *Peña-Mediana*, y la de la izquierda *Peña-Robla*, aparece una cuesta enorme formada de conglomerados calizos, sin que apenas se encuentre tierra vegetal ni más arbolado que los brezos que cubren el cerro y algunos yerbatos propios de terrenos tan estériles como suelen serlo los en que se producen espontáneamente aquellos arbustos. Doblando la cuesta hacia el Norte se halla, á los 6 kilómetros, un pueblecito llamado Valsurbio, y hacia el Oeste se encuentra, también á los 6 kilómetros, Valcobero, siendo el nombre de la citada cuesta *La Horcada*.

Lindaute con Peña-Robla hay otro pico, separado de ella solamente por el cauce de un arroyo que no lleva agua fuera del tiempo de invierno; y en lo más alto de aquella peña se halla una fuente, que más bien parece un depósito de agua perenne, porque ni corre nunca ni jamás se seca. Tiene la forma de un pie humano cabado en la roca, y la tradición del país dice que allí mismo fué donde se apareció la Virgen á los pastores, refrigerando su ardiente sed con el agua de aquel depósito, al mismo tiempo que les consolaba y animaba á que continuaran siéndola fieles. Por eso es conocida con el hermoso título de *Fuente de la Virgen*. Allí les indicó el sitio donde encontrarían al siguiente

día su sagrada imagen, teniendo por trono un florido brezo; de donde viene la denominación de la sagrada efigie y del templo que la contiene, no porque antes se llamara aquel terreno *sierra del brezo*, como escribe el P. Flórez.

Sobre la cumbre de *Peña-Mediana* se ve una cruz que suben á adorar los devotos, muchos de ellos descalzos, ascendiendo por aquella pendiente sin camino ni senda más que la practicada por los penitentes pies de los peregrinos que, sin miedo á los guijaros ni al cansancio producido por la subida casi perpendicular y bajo el sol de la canícula, nos dan admirable ejemplo de mortificación, harto difícil de imitar.

Solamente estando al pie de la peña se puede formar idea exacta de lo trabajoso y difícil de aquella ascensión. No hemos podido averiguar el origen de esta piadosa práctica.

Acaso los cristianos, recordando el Calvario, pretenden imitar la subida del Hijo de Dios cargado con la Cruz en que estaban los pecados de los hombres, haciéndola tan pesada; y ya que no les sea dado ayudarle como Simón Cirineo, desean imitarle supliendo con lo empinado de la cuesta y la aspereza del piso el gravamen del leño santo.

Pertenecía en el siglo XV el pueblo de Villafría

y su término al convento benedictino de san Román de Entrepeñas, poco distante del sitio que estamos describiendo, y el convento de san Román era hijuela del de san Zoilo de Carrión. Así es que, cuando en 1478 se apareció la Virgen María y los pastores encontraron su efigie, pronto los benedictinos tomaron parte en el asunto y edificaron junto al templo de María un nuevo convento, cuyas ruinas aún se conservan, para dar allí culto perpetuo á la que se había dignado significar, de un modo tan extraordinario, su intención de oír en aquel desierto las plegarias de sus hijos.

A un kilómetro de Villafría y distante dos del santuario del Brezo, está una ermita de san José, como centinela avanzado del sagrado depósito escondido más arriba entre las sierras; desde allí empezaba antes el Vía crucis, cuya última estación se hallaba colocada en las inmediaciones de la hospedería del convento, única parte que de éste se conserva. Muy bien haría el P. Capellán de la Virgen en colocar de nuevo las cruces derribadas por la impiedad revolucionaria, para promover la devoción de los fieles al misterio augusto de la Pasión de Cristo Jesús y combatir por este medio tan eficaz el actual sensualismo y la indiferencia religiosa. En la parte occidental de la cuesta, y en

la intersección de los caminos que van á Valcobero y á Valsurbio, se encuentra otra ermita en malísimo estado, dedicada, si no recordamos mal, al Santísimo Cristo. ¡Qué lástima que se halle tan abandonada y precisamente en un punto como aquel, que sirve de refugio á los caminantes en tiempo de invierno, donde las nieves y ventiscas son tan frecuentes y tan peligrosas! ¡Cuántos viajeros habrán conservado la vida al abrigo de aquellas benditas paredes, sin las que habrían perecido víctimas del frío y acaso de la voracidad de los lobos! Si para ello tuviéramos alguna autoridad, suplicaríamos de rodillas á los vecinos de Villafría, de Valcobero, de Otero y de Valsurbio, que repararan aquella casa de la cruz, refugio de pecadores y de viajeros extraviados; y aún más, que ampliaran sus pórticos y los pusieran en condiciones de poder asilar con seguridad á los transeuntes en caso de necesidad y de apuro.

Pero volvamos al santuario del Brezo.

Indicado queda en lo que copiamos del P. Flórez, que comenzó por ser una choza al estilo pastoril, según acostumbran hacer los misioneros en tierras bárbaras, que edifican un templo rústico y provisional para atender á las necesidades de los nuevos fieles y del culto divino, entre tanto que la

Providencia les depara los medios de fabricar uno con el decoro que pide la religión. A la primitiva capilla de ramajes de la Virgen del Brezo sucedió bien pronto otra de mampostería, costeada por la limosna de los devotos, que empezaron á acudir en peregrinación á aquel desierto, escogido por la Madre de Dios para comunicar sus favores á los hombres.

No duró mucho esta segunda capilla, que resultó demasiado reducida para contener á los numerosos fieles que, de los contornos y aun de países distantes, iban en romería al Brezo. Y cuando los PP. Benedictinos tomaron á su cargo el santuario y edificaron un convento para que religiosos de su instituto fueran como los guardianes de aquel tesoro, levantaron también un hermoso templo en donde con menos indignidad pudiera venerarse la sagrada imagen. Bien podemos aplicar á la casa de María Santísima del Brezo lo que canta la Iglesia en el himno de Laudes de la fiesta del Pilar:

El techo humilde prístino
que á los padres se debe,
en suntuosa fábrica
la devoción promueve:
no menos el magnífico
que el pobre agradará.

Pues al altar santísimo
concurrén los devotos
dones trayendo espléndidos
de países remotos,
donde la Virgen ínclita
señales de amor da.

Han pasado los siglos sin incidente notable en la vida del santuario; los religiosos encargados de su custodia cantaban las divinas alabanzas y las glorias de María en aquel desierto, y los fieles concurrían á depositar sus ofrendas al pie del altar de la Virgen Madre y á buscar el remedio á sus males de alma y cuerpo, hasta que se desencadenaron sobre España los furores del infierno y vino la revolución religioso-político-social, que concluyó con los monasterios, asesinando á unos religiosos y dispersando á otros; con lo cual los benedictinos del Brezo, siguiendo la suerte de sus hermanos, tuvieron que abandonar aquella dulce soledad para andar errantes de uno en otro punto, cual criminales á quienes persigue la justicia. A la partida de los religiosos sucedió la demolición del convento, del cual sólo se ven hoy los cimientos, si se exceptúa la hospedería con su hermosa portada, que, por fortuna, pudo evadirse de las iras y piqueta revolucionarias.

Abandonado el santuario, los vecinos de Villafría recogieron la sagrada imagen y la depositaron en la Iglesia parroquial, esperando mejores tiempos, hasta que, pasada la ira de Dios, pudiera volver de nuevo al antiguo templo, levantado por la piedad y conservado en aquellos riscos casi por milagro, aunque tan deteriorado que era una compasión el verlo, y su visita debía producir, en los que habían conocido el antiguo esplendor, el mismo efecto que produjo la vista de las ruinas del templo de Jerusalem á los judíos que volvieron de la cautividad de Babilonia. Era tan lastimoso su estado que, en Cervera del río Pisuerga, á cuyo partido judicial pertenece Villafría, se fijaron edictos, en Septiembre de 1849, para vender *el solar* del templo mismo de la Virgen del Brezo, sin que, gracias á la protección y cuidado que la Señora tenía de su casa, hubiera llegado á realizarse la venta, que habría sido un baldón para toda España, y más aún para aquel religiosísimo país.

Dios había preparado un nuevo Obispo en el Ilmo. Sr. D. Joaquín Barbajero, nombrado Obispo de León, después que se reanudaron las relaciones entre el Gobierno español y la Santa Sede; y este celoso Pastor envió al Brezo un monje de san Benito, D. Domingo Hevia, quien con celo lauda-

ble, y venciendo toda clase de obstáculos, que no eran pocos, ni pequeños, logró restaurar el templo, cerrado hacía quince años y enteramente desmantelado; consiguiendo que el día 25 de Agosto de 1850 fuera llevada en triunfo la sagrada imagen de María desde la parroquia de Villafria al antiguo santuario, en medio de una multitud innumerable de devotos, que habían acudido á presenciar la entrada triunfal de su Madre amantísima en el antiguo templo convenientemente restaurado.

— No deja de ser providencial esta restauración del santuario del Brezo y el que se conservara en medio de los furiosos revolucionarios que demolieron el convento y tantos otros asilos de virtud en toda la extensión del territorio español, con innumerables templos, que servían para que los religiosos cantaran las divinas alabanzas é invocaran sobre los hombres las gracias celestiales. Es que la Virgen María quiso poner su morada, como paloma en los agujeros de la piedra, sobre aquellos riscos que, recordando á sus devotos el estado de destierro, les hicieran elevar sus deseos á lo alto. En confirmación de esto recordemos lo que la tradición, conservada en el país y testimoniada por el P. Flórez, refiere acerca de los comienzos del santuario.

Sucedió, pues, que los vecinos de Villafría, por tener más cerca de sí la sagrada imagen, determinaron bajarla de aquellas breñas y depositarla en la ermita de san Justo, á la falda y al Mediodía de Peña-Robla, en un sitio muy solano y ameno, donde con facilidad pudieran visitarla sin tener que subir la hoz ni hacer huella por entre la nieve, que dura muy poco tiempo en la resolana de san Justo. Puestos de acuerdo todos con el capellán, subieron en romería y bajaron en solemne procesión y grande reverencia la imagen de la Virgen. Pero al día siguiente, cuando alegres y contentos con lo hecho se llegaron á sudarla en su nueva habitación, quedaron sorprendidos y maravillados de que, estando las puertas cerradas, y no viéndose fractura ni violencia en puertas, ventanas ni paredes, la imagen, sin embargo, había desaparecido, hallándola poco después en el santuario donde la Madre de Dios había dicho á los pastores que quería ser venerada. Otras dos veces repitieron la traslación, y otras tantas mostró la Señora lo poco que la agradaban aquellas miras interesadas de sus devotos, volviéndose á su templo primitivo.

Es este, tal cual se conserva hoy, de estilo románico, en forma de cruz latina, de una sola nave con su crucero y media naranja en el centro, las

paredes de mampostería, los arcos, las cornisas y los esquinazos de piedra de sillería, juntamente con la fachada, y la portada, de que antes hicimos mención. Tiene de largo, en la parte interior, 104 pies, por 36 de ancho en el crucero y 22 en el cuerpo de la Iglesia, con 8 en las cuatro capillas laterales, dos á cada lado. La altura de la media naranja es de 56 pies, y la del resto del templo de 45, 36 hasta la cornisa y los demás desde el arranque de las bóvedas. La fachada, por último, tiene 50 pies de altura, hallándose en el centro de ella la puerta, un poco pequeña y achatada, á cuyos dos lados se ven, en el cuerpo inferior, los corazones de Jesús y María en escultura de alto relieve, y también demasiado diminutos; en el superior, las armas pontificias y episcopales de la Diócesis de León, á la que pertenece el santuario. En el centro de la fachada hay una ventana, sobre la cual se ve un viril, y debajo de ella, sobre la portada, una hermosa cruz.

En el centro de la capilla mayor está el trono de la Virgen hecho todo él de madera, sin gran mérito y rodeado de cuatro mesas de altar, para que puedan celebrar cuatro sacerdotes á la vez. Hallábase al nivel del suelo; pero el capellán actual, con el fin de que los fieles en las grandes

romerías que se celebran el 15 de Agosto y el 5 de Octubre pudieran ver y contemplar la sagrada imagen desde la misma puerta y seguir al celebrante en todas las ceremonias del Santo Sacrificio, consiguió elevarlo cuanto era necesario, sin desmontarlo y con las cuatro mesas de altar, bajo la dirección del inteligente alarife D. Joaquín Cajigal, vecino de Villaverde de la Peña.

La capilla mayor, el crucero con la media naranja y dos cuerpos más, son obra de los benedictinos del siglo pasado, los cuales tenían preparados abundantes materiales para añadir un tercer cuerpo con una fachada digna de la Señora de la casa, cuando les sorprendió la orden de abandonar aquel santo lugar y vivir como clérigos seculares en medio del mundo. Casi todo lo que aquellos buenos religiosos prepararon para continuar la obra del santuario, desapareció en los quince años de abandono.

Comenzada la restauración del templo en 1850, por el entonces capellán D. Domingo Hevia, ya que no se podía pensar en la reedificación del monasterio por haber sido condenados al ostracismo los monjes, y reanudado el culto desde el 25 de Agosto del mismo año, fueron arreglándose las cosas todas á él pertenecientes por el celo de los

señores capellanes que sucedieron en el cargo al citado Sr. Hevia, hasta que en 1881 D. Manuel Díez, párroco de Villafría y capellán del Brezo, mandó hacer los cimientos del último cuerpo y los de la fachada principal, ejecutándose las obras de mampostería y demás necesarias, hasta el año de 1887, por el alarife citado arriba y bajo la dirección de D. Pedro Rey Bravo; siendo el importe total de ellas unas 25.000 pesetas, recogidas de las limosnas de los devotos en aquel lapso de tiempo y empleadas con celo y prudencia en la reedificación por el Sr. Díez, que continúa al frente del santuario.

Para que los romeros que concurren en Agosto y Octubre principalmente, aunque apenas faltan en todo el año, fuera de la época de las nieves, á reverenciar la sagrada imagen de María, tuvieran un abrigo contra el sol, ya que todo aquel cerro está enteramente pelado, sin más plantas que raquíuticos brezos, han tenido el buen acuerdo los señores capellanes de plantar alamedas de chopos, algunos de los cuales son ya bastante crecidos. Y en verdad que es un gran pensamiento el propagar y conservar estas alamedas, valiéndose, para el riego, de la poca agua que produce una fuente próxima al santuario por la parte Norte. Fuente

que tenían muy bien arreglada los religiosos con un depósito de piedra de sillería y caños de hierro, pero que sufrió la misma suerte del convento y sus dependencias.

Dos palabras más sobre la sagrada efigie y terminamos este capítulo. De ella dice el P. Flórez: «Tiene esta prodigiosa imagen casi cinco palmos de altura, y todo lo demás muy correspondiente á una puntual simetría. Son sus ojos alegremente compasivos; ni tan blanco el rostro, como modernamente se estila, ni tan moreno como el de otras, sino una mezcla agraciada, que, inclinándose más á la blancura, se puede decir que es hermosa. Lo más admirable es que en tantos años como se presume que estuvo escondida en aquel monte y expuesta á tanta variedad de temporales, ni éstos causaron el menor agravio en la belleza de su rostro ni se ha conocido hasta ahora algún desmayo en los colores; que no es pequeño prodigio en un paraje tan frío como húmedo. Está sentada en una silla, como trono y divisa de la Majestad; pero como en esta postura no podía lucir ni esmerarse tanto la liberalidad y el aseo, há muchos años que discurrió la devoción el vestirla, aunque con tal aire y destreza, que totalmente desmiente el estar sentada. No se descubre todo el niño, que es muy

parecido á la madre, porque lo estorban los vestidos; si bien se manifiesta lo bastante para el cariño y respeto. Ciñe sus sagradas sienes una corona imperial, y teniendo una gran luna de plata á sus pies, se ostenta en todo una matrona de igual agrado y soberanía.»

No está mal hecha la descripción del P. Flórez; pero es lástima que la imagen, regularmente tallada, y con mayor perfección que las del siglo XIV, se halle vestida y disimule el estar sentada, lo cual la daría verdadero aspecto de majestad. Medida por nosotros en Agosto de 1893, resultó su altura de 0,66 metros, comprendiendo la silla que no se ve á causa de los vestidos. Excusamos entrar en disquisiciones acerca de su antigüedad y mérito artístico, porque estas cosas en nada conducen á la piedad y devoción de los fieles.

CAPÍTULO V

La Virgen del Mar.

Existe en el mismo santuario del Brezo, y se halla colocada en la capilla del lado del Evangelio, más próxima á la mayor, otra imagen de María Santísima, conocida por el nombre de *Nuestra Señora del Mar*, cuyo origen refiere así el citado padre Fray Plácido Flórez: «Parece que se empeñó la divina Providencia en hacer célebre y plausible esta montaña; pues no contenta con tan milagrosa copia, la añadió el singular favor de hacerla nuevamente conocida con la prodigiosa venida de Nuestra Señora del Mar. Y fué que el año de 1570, andando unos pescadores echando sus redes en las costas de Cataluña, vieron venir sobre las olas una caja grande de madera. Luego la procuraron recoger á su barquilla, creyendo con feliz engaño que en ella se encerraba algún gran tesoro. No veían las horas de salir á tierra para certificarse del hallazgo y repartirle entre sí como buenos compañeros.

Bogaban alegres con esta esperanza cuando con furiosa y repentina cólera se enojó tanto el mar contra el pobre bajel, que temieron con razón los marineros hallar en las olas su sepulcro; y como la primera diligencia en estos riesgos es aligerar el esquife, luego arrojaron á aquel inquieto golfo la rica presa que habían encontrado. Nada les valió esta industria, porque volviéndose la caja otra vez al barco y tropezando en un escollo, se hallaron de repente sumergidos bajel, arca y marineros. Fué igual el susto á la gravedad del peligro, pero no fué menor su advertencia en invocar fervorosos aquella Estrella del mar, á quien deben los navegantes tantas vidas, cuantos han sido los peligros de que les ha librado su clemencia; siendo tan eficaces sus súplicas, que calmado el mar y surto el bajel, se hallaron todos juntos con la caja, que poco antes arrojaron al arbitrio de las olas.

Recobrados del susto y admirados del prodigio, ya discurrían que la caja encerraba más misterio y otro tesoro diferente del que ellos habían aprendido. Rindieron al Señor las gracias y á su Santísima Madre, á cuya intercesión reconocían el haberse librado de la muerte. Remaron cuidadosamente hasta un pequeño puerto que tenían á la vista, y con devota impaciencia luego se empleó

su curiosidad en abrir la caja. ¡Qué venturoso naufragio! ¡Qué feliz descubrimiento! Vieron con indecible gozo una imagen hermosísima de la Emperatriz de los cielos y con su preciosísimo Hijo en los brazos. No tenían voces para explicar su alegría, al verse tan sagradamente ricos. Pero no sería menor su pena cuando leyeron este letrado en la caja: «VOY EN ROMERÍA Á NUESTRA SEÑORA DEL BREZO.» No hay duda que sería su desconsuelo grande; pues cuando se consideraban acreedores á tan rica presa, se vieron altamente precisados á obedecer y ejecutar lo que les intimaba el letrado. No pudieron resistirse á tan patente y misterioso aviso, pero tampoco sabían qué norte ó qué rumbo había de tomar su obediencia; pues aunque el santuario del Brezo era muy conocido en el reino de León, Campos, Extremadura y montañas, no había volado tanto la fama que hubiese llegado á Cataluña. No obstante, reflexionaron como cuerdos, que siendo suyo el aviso, quedaba á cuenta de esta Señora el dirigir sus pasos.

Salieron, pues, con esta confianza y con tan celestial Romera á ejecutar su jornada. Costóles algún trabajo el discurrir con la caja, sin descubrir el tesoro, por no exponerse á algún disculpable latrocinio, por algunas villas y lugares de

Valencia y Aragón, hasta que entrando en Castilla la Vieja lograron las primeras noticias. Certificados ya del templo y de la imagen que buscaban, llegaron alegres y gustosos con la mejor peregrina que se habrá visto hasta ahora; la que, en testimonio de su fiel y afortunada obediencia, presentaron reverentes en el santuario del Brezo, en donde hoy se venera con la más propia advocación de *Nuestra Señora del Mar*. Bastaba el letrero, que hoy se conserva en la misma caja, para perpetuo testimonio de esta maravilla; pero cristianamente ambiciosos los devotos pescadores de eternizar su fortuna y su memoria, fabricaron allí una pequeña barquilla con sus jarcias, remos, áncoras y velas, que suspendieron en un arco del templo como divisa propia de su ejercicio y perpetua testificación de este milagro.

Puédese fácilmente creer que fué esta bella imagen una de las desterradas en aquella grosera y sacrílega persecución de Inglaterra, lo que hace muy verosímil la puntual cronología de los años; pero cuyo fuese el letrero, ni quien le dictase, no es fácil discurrirlo, y sólo se permite á la piedad el creer que fué alta disposición del cielo, ó para que fuesen duplicados los cultos de tan divinos simulacros ó para que, siendo uno mismo el prototipo á

quien se dirigen nuestros ruegos, tuviese la devoción en que elegir según su afecto é inclinación. Es esta imagen de talla entera y vara y media de altura. Tiene á su Hijo precioso en los brazos, á quien inclina un poco la cabeza como que le habla ó le acaricia. Es tan blanca y rubia como inglesa; pues si es cierto, como escribe el P. Urreta, dominico, que los de Etiopía, por ser gente generalmente negra, pintan de este mismo color á todas sus imágenes, no habrá que admirar que la pintasen tan blanca, cuando tanto sobresale este color en la nación inglesa.

Lo cierto es que, además de ser muy roja, resplandece en su rostro una hermosura tan modesta y una majestad tan afable, que convida á un tiempo mismo á la afición y al respeto. Y así dicen muchos que, á no haberse anticipado la imagen del Brezo, así en la posesión como en tantos prodigios, se llevaría ésta los aplausos; pero como todo, gracias á Dios, se queda en casa, nunca me he detenido en esta disputa. Lo que no se puede negar es que la Virgen del Mar es la peregrina ó la romera, y que Nuestra Señora del Brezo es la visitada, y que si basta una imagen prodigiosa y de María Santísima para ilustrar un santuario, no es poca ventaja y felicidad el tener en este templo

tres, con la otra devota imagen de los Remedios, no menos acreditada á nuestros cultos. Bendita sea la infinita bondad de Dios que tanto quiso favorecer aquel país.» Nada tenemos que añadir á la relación del P. Flórez, sino confirmar cuanto dice respecto á la imagen, cuya altura es de 1,08 metros y no tiene vestidos de tela, estando por lo mismo más esbelta. En la capilla de enfrente, al lado de la Epístola, tiene su altar la imagen de los Remedios.

CAPÍTULO VI

Varios favores obtenidos por la intercesión de la Virgen del Brezo.

Innumerables son las gracias que, tanto en el orden espiritual como en el orden temporal, ha repartido y reparte á diario la Madre de Dios en su santuario del Brezo, ó fuera de él, á quienes la invocan con viva fe y firme esperanza bajo aquel título. De éstas pueden unas ser consideradas como milagrosas y otras como simplemente providenciales, ó favores que no lleguen á la categoría de milagro propiamente dicho. Como no tenemos autoridad para declarar cuáles pertenecen á un género y cuáles á otro, ya que la Iglesia nuestra madre se ha reservado el conocimiento de los milagros y ha prohibido además la publicación de efectos milagrosos que no estén por ella auténticamente reconocidos, nos limitamos á trasladar aquí algunos de los hechos referidos por el P. Flórez y comprobados convenientemente. Todos ellos pertenecen á tiempos antiguos; no porque falten en la edad moderna, sino porque, atendidas las circunstancias de

los tiempos, no se han abierto sobre ellos las oportunas informaciones para depurar la verdad.

Por lo demás, cada día experimentan los devotos del Brezo el auxilio poderoso de María Santísima, según lo acreditan los ex-votos que, agradecidos, cuelgan en las paredes del santuario para edificación de los fieles y gloria de Dios y su Madre. No hace muchos años que un hombre de Liébana cayó de lo alto de un árbol muy elevado, é invocando á la Virgen del Brezo al sentirse desprendido de la rama que lo sostenía, tuvo la fortuna de no sufrir lesión de ningún género á pesar de la altura. Podrá esto no ser un milagro, pero nadie negará que es un favor singular obtenido por la Madre de la divina gracia, como llama la Iglesia á María en la letanía Lauretana; y parecidos á este hecho los refieren por docenas los peregrinos que acuden al santuario á dar gracias á la Señora por algún beneficio semejante.

Y por si alguno preguntara, hoy que las ideas disolventes llegan hasta los últimos villorrios, cómo es que no se obtienen esos favores de otras imágenes de la Virgen, que la representan con tanta ó mayor perfección que la del Brezo, le diremos: Que no es la imagen mirada en sí misma la que alcanza á los devotos gracias especiales; es el

prototipo, es lo que representa, es, en una palabra, la Virgen María quien otorga sus gracias á quien quiere, donde quiere y como quiere; ó hablando con más propiedad teológica, es Dios nuestro Señor, quien por intercesión de su bendita Madre otorga beneficios espirituales y temporales á los hombres en aquellos lugares que bien le place. Esto mismo hacemos todos, concediendo favores á quien bien nos parece y donde tenemos por conveniente. ¿Habrá alguno tan osado que se atreva á negar á Dios la facultad de hacer beneficios al hombre en lugares determinados con preferencia á otros? Seguramente que nadie se atreverá á tanto. Así es que, después de haber aludido el Señor en el Antiguo Testamento al futuro templo de Salomón designándole mil veces por el *lugar que elegiré*, cuando el Rey Sabio hizo la dedicación de aquel famosísimo templo, oyó de boca del mismo Dios estas palabras: «Mis ojos estarán abiertos y mis oídos atentos para escuchar la oración de quien orare en este lugar; porque elegí y santifiqué este lugar, para que mi nombre esté en él por siempre y mis ojos y mi corazón permanezcan aquí todos los días.»

Lo que Dios hizo en el Testamento Antiguo, repitió en el Nuevo, eligiendo y santificando ciertos

sitios con predilección, para escuchar en ellos los votos de sus fieles. No puede negarse esta elección al Brezo, donde la misma Virgen María quiso que se la diera culto especial, como antes lo había hecho en Zaragoza y Covadonga, y después en la Saleta y Lourdes.

Con estas advertencias, que nos parecen necesarias para ilustrar la fe de los cristianos sencillos de la montaña, damos principio á la relación de favores marianos, que el P. Flórez trae en su historia del Brezo, y que sin duda sacó de los archivos del convento de san Román de Entrepeñas ó de san Zoilo de Carrión, donde constarán las pruebas de todos y cada uno de ellos; se hallan también estos relatos en los cuadros que adornan las paredes del santuario en la capilla mayor.

Artículo 1.º

La Virgen del Brezo libra del demonio á un niño, á quien su padre maldijo encomendándole á Satanás.

En el pueblo de Bado, junto á Cervera del río Pisuerga, el año de 1580, vivía Juan Roldán en la costumbre abominable de desahogar su enojo contra los hijos, cuando le incomodaban, encomendándolos á los diablos. Vicio detestable, perju-

dicial y escandaloso, que no bastando á corregirle el temor de Dios, debe llamar la atención de las justicias seculares, para castigarle con indispensable rigor, con el fin de atajar tantas ofensas de Dios, el mal ejemplo de las familias y la ruina de los pueblos. Sucedió, pues, que estando una noche en la cama oyó el ruido que en el aposento inmediato hacían un hijo y una hija pequeños, estorbándole el sueño; luego empezó, como siempre, á ofrecerlos á los diablos con palabras y ademanes que manifestaban que tal era su deseo. Repitiendo las maldiciones con más enojo contra el hijo, acaso por más inquieto, oyó súbitamente los clamores de la niña que decía: «Padre, padre, que llevan los demonios á mi hermano», y á la dura contestación del padre: «Mas que le lleven y acaben con él de una vez»; en este fatal momento desapareció el muchacho, quedándose sola y espantada la niña.

Levantóse el padre al oír las voces y lamentos de la niña; registró medroso y aturdido todos los rincones de la casa, y no encontrando al niño, luego se persuadió de que para su castigo, y escarmiento de otros había permitido nuestro Señor que el enemigo común se llevase la oferta de su hijo. Procuró volver en sí el desdichado padre; y reconociendo su culpa, con gran dolor y muchas lágrimas

mas, pidió á Dios nuestro Señor que por la poderosa intercesión de la soberana *Virgen del Brezo*, fuese servido de apiadarse de él, y librar de tan tirano dueño aquella inocente criatura: pues que él proponía firmemente de enmendar en un todo su depravada costumbre. A tan verdadero dolor y fervorosas súplicas, no pudo negarse el Padre de las misericordias, y Dios de toda consolación. Empero, para probar su paciencia y hacer más público el prodigio con la intervención de su Madre, se tardaron cuatro días sin haber noticia del muchacho.

Llegó el sagrado día del domingo, cuando todos los vecinos asisten á la Santa Misa, y al mismo tiempo de la elevación de la Hostia sacrosanta, entró el niño en la Iglesia y se puso de rodillas, con asombro de todos los circunstantes. Y acabada la Misa dijo en alta voz que por las maldiciones de su padre le había llevado el demonio por los aires, y que, poniéndole en lo más alto de una peña, al otro lado del río, para despeñarle, se había encomendado muy de corazón á Nuestra Señora del Brezo, y que al punto vió venir á una Señora muy hermosa y resplandeciente, que quitándole de las manos del demonio, le llevó consigo, y entrándole en un pajar, le dijo que no saliese de

allí hasta que ella le avisase. Así estuvo cuatro días, hasta el domingo en que tocando á alzar se le volvió á aparecer, mandándole que fuese á la Iglesia, y que delante de todos contase el suceso, y que luego fuera, sin detenerse, á darla las gracias á su convento del Brezo. Todos, y más que todos el padre, quedaron admirados y aturridos con tan pasmoso acontecimiento, y el padre, con nuevo arrepentimiento y asombro, confesó públicamente aquel hecho, acaecido por su culpa. Hizo voto, delante de todos, de no volver á maldecir, y así lo cumplió por toda su vida. Fué luego con su hijo á dar las gracias á la Virgen, y mandó decir algunas Misas.

No se olviden los padres de tan milagroso suceso, advirtiéndoles que no los obra Dios á cada paso. Y no pierdan de vista el ejemplo trágico que, para escarmiento de los maldicientes, especialmente de los padres que maldicen á sus hijos y de los hijos que provocan la ira de sus padres, nos recuerda san Agustín en su tratado de la Ciudad de Dios y en el Sermón 322; dice el santo Doctor «que en la ciudad de Cesárea de Capadocia hubo una viuda de gente principal que tenía siete hijos y tres hijas. Irritada un día contra ellos porque, habiéndola injuriado el mayor, no la habían defendido los

«demás, les maldijo á todos; y todos, desde aquel momento, quedaron trémulos, apoderándose de sus miembros un temblor tan espantoso, que no pudiendo sufrir su inquietud ni su oprobio en una ciudad donde eran tan conocidos, se huyeron de ella y vagaron errantes por todo el imperio romano sin hallar un momento de reposo. Paulo y Paladia pasaron al Africa y fueron á parar á la ciudad de Hipona, donde era Obispo el mismo san Agustín que lo escribe; el mismo santo los vió y conoció trémulos; presenció con todo su pueblo el prodigio de su curación por la intercesión del protomártir san Esteban; los trató después de sanos, y nos refiere extensamente y con todas sus circunstancias esta maravillosa curación en los pasajes citados.» Ninguno podrá leerla, dice el señor Mazo, sin sentirse enternecido y ocupado de las alabanzas de Dios. Ignoramos el paradero de los demás hermanos, añade este escritor piadoso; pero sabemos que la desventurada madre, al ver los terribles efectos que su maldición había causado en todos sus hijos, se entregó á la desesperación y se ahorcó.

Artículo 2.º

Resucita dos veces á una niña.

En el año de 1600, en el pueblo de Villafría, el más vecino al santuario, vivían Alfonso Macho y Ana García, su mujer, tenían una hija de sólo cinco meses, á quien una grave enfermedad quitó la vida. Al tiempo de amortajarla, llena de sentimiento su madre, se la vino á la memoria el encomendarla á la Virgen del Brezo, de quien se referían tantos milagros. Hincándose, pues, de rodillas hacia su templo, la rogó con muchas lágrimas que la dejase aquella niña para su consuelo, á lo menos por diez años, y que si la concedía esta gracia, desde luego la mandaba una tierra. Apenas acabó su oración, cuando al volver los ojos hacia el aposento en que yacía la difunta párvula, advierte un gran resplandor; acércase un poco más y repara con asombro que abría ya los ojos la niña, empezando á moverse. A los pocos instantes la vió sana y buena, y pasó á dar gracias á su abogada divina por tan admirable y singular beneficio. No admira menos en este suceso el haber sido la Virgen tan puntual en conceder, como escasa la madre en pedir. Cumplido el plazo de los diez años, murió

segunda vez la niña de la misma enfermedad, en el mismo día y hora que la vez primera. La madre, confiada en la gran piedad de Nuestra Señora, la pidió para su hija otros diez años de vida. No hubo dilación en el despacho, porque resucitada la niña, volvió á vivir con igual salud y robustez que antes. Pasados estos diez años, fué acometida del mismo accidente; quiso la desolada madre volver á instar á la Virgen por nuevo plazo, mas entendiéndolo la hija, con resignación y humildad la dijo: «No sea Ud. importuna con sus ruegos, que yo sé que la divina Señora es servida de que yo ahora me muera para ir á gozar de Dios y de su vista; porque si vivo más acaso le ofenderé y no le gozaré»: conformóse la madre con tan cristiana reflexión, y espirando su hija en tan felices disposiciones, es de creer piadosamente su felicidad sempiterna.

Tal suele ser la corona de la fe y de la verdadera devoción; así á la voz de Jesús resucitó la hija de Jayro, príncipe de la Sinagoga.

Artículo 3.º

Manda á dos niñas que la lleven flores y las anuncia su muerte próxima.

En el año de 1600, dos niñas, de seis años cada una, cuyos nombres eran María, hija de Salvador

Escobar, y Magdalena, hija de Pedro Sánchez, vecinos del pueblo de Intorzisa, cerca de Guardo, se fueron á coger flores, y preguntadas por sus padres para qué las querían, con prontitud y alegría respondieron que Nuestra Señora del Brezo se las había mandado coger, y que se las llevasen al convento..... y que se volviesen á sus casas, porque luego se habían de morir. Los padres asustáronse más que las niñas, porque la inocencia no teme á la muerte. En efecto, con el permiso paterno, llegaron gozosas al Santuario las dos inocentes peregrinas, y después de ofrecer sus flores á la pura flor de las Vírgenes, volvieron contentas á sus casas: enfermaron ambas en un mismo día, y á la misma hora dejaron las caducas flores de la vida por el paraíso eterno de la gloria.

Así premia la Madre de Dios la devoción de los fieles cuando la acompaña el candor de la inocencia.

Artículo 4.º

*Resucita á un hombre encomendado por su mujer
á la Santísima Virgen.*

En el año de 1602, hallándose los vecinos de Respenda en la reparación de la puente del citado

pueblo, se puso debajo de ella para sostenerla con una alzaprima Diego Gonzalo, con el fin de asegurar la parte arruinada sentando algunas piedras; es el caso lastimoso que á la fuerza de los golpes se desbarató todo el puente, y cargando súbitamente sobre Gonzalo toda la broza de los escombros, piedras y fagina, quedó sepultado bajo el agua, en lo más hondo del río. Luego que ya recobrados del susto comenzaron á separar los maderos y las piedras, vieron con general compasión á su difunto vecino tan abollada la cabeza y quebrantados los huesos, que hasta su fisonomía era desconocida por lo desfigurado que le hallaron.

Grande fuera el sentimiento de su mujer, María del Valle, al saber tan lamentable acontecimiento; pero siendo aún mayor su fe que su dolor, antes de ir á ver á su marido hizo fervorosa oración á la Virgen del Brezo, pidiéndola con vivas ansias que le restituyese la vida, ofreciendo desde luego á Nuestra Señora la mejor de las vacas que tenía, pasando en seguida á ver el lastimoso espectáculo que ofrecía su marido; en medio del dolor profundo que sintió en los primeros momentos, advirtió, no obstante, que se movía, y abrazándose con él y dándole voces, sintió su respiración, y los circunstantes, atónitos, comienzan á

clamar: «¡Vivo está, milagro, milagro!» Sacáronle, pues, con el mayor cuidado, y trasladado á su cama fué recobrando lentamente sus vitales alientos; hasta que pudiendo hacer uso de la palabra, llamó á su mujer y la dice: «María, ¿qué mandaste á la Virgen del Brezo? Dímelo y no temas, pues ella me ha vuelto á la vida.» Y su mujer contesta: «La he ofrecido *la vaca serrana*.» «Pues anda por ella, prosiguió Gonzalo, y llévasela cuanto antes.»

Es de advertir que la vaca era tan brava que nunca pudieron domarla con el yugo; pero María esperaba con fundamento que la divina Señora que venció la mayor dificultad, vencería la menor, haciendo manso al animal, para ofrecérsele como un homenaje de su devoción y reconocimiento. En efecto, se dejó atar como una cordera, y no es esto solo, sino que al sacarla de casa para ir al Brezo, ella misma fué muy sosegada hasta entrarse en la Iglesia: y saliendo á recibirla un religioso (¡raro asombro!) puso su boca en los pies del sacerdote, como besándolos; y volviendo á salir sin que ninguno la guiase, se trasladó á la casa de Villafría, que llaman de Nuestra Señora, por ser el depósito general de todas las limosnas de la Virgen. De esta manera, dice el piadoso historiador del Brezo, en

un mismo y único suceso resplandecen cuatro milagros, que fueron: resucitar un hombre, la súbita mansedumbre de aquel animal indomable, la inaudita demostración de su rendimiento al ministro de Dios y el irse ella sola, sin conductor, á una casa en donde no había nunca estado, como si fuera conocida. Bendito sea mil veces el Hijo que tanto atiende al mayor culto y devoción de su Santísima Madre. No podía menos de oír las amorosas instancias de tan soberana *intercesora* el que diez siglos antes, como cuenta el Papa san Gregorio, á la oración del patriarca san Benito, resucitó á un joven monje sepultado y despedazado bajo los escombros de una pared derribada por la envidia del demonio; milagro parecido en su fondo al de Respenda.

Artículo 5.º

Resucita á un niño que se había ahogado.

En el año de 1608, Catalina Cardaño, vecina de Camporedondo, tenía un hijo de nueve años, el cual, estando descuidado sobre el puente de aquel pueblo, le topó un carnero y le arrojó al río, por aquella parte muy hondo. Estúvose debajo del

agua mucho tiempo, por no haber ninguno que le viese caer, hasta que los que antes le vieron en el puente le echaron de menos, y discurrieron si por descuido ó travesura se hubiese caído al río, suponiéndole ahogado después del tiempo transcurrido; dieron noticia á su madre de sus fundados recelos, la cual, con entrañable dolor, pidió á algunos vecinos que la auxiliasen para buscarle, para cuyo logro pidió con muchos suspiros á Nuestra Señora del Brezo que, compadeciéndose de ella, la volviese á su hijo, y la ofrecía dos corderas. Empezando, pues, los vecinos á buscarle por las márgenes del río, con vivos deseos de encontrarle aunque fuese muerto, como ya lo suponían, le vieron en una peña vivo y sano y sin lesión alguna. Entregáronle á su madre con singular alegría, y todos dieron las gracias á tan piadosa bienhechora y abogada divina.

Redde filium meum, redde filium meum; dame á mi hijo, vuélveme á mi hijo; parece que habrá exclamado esta buena madre con aquella fe viva y constante con que el rústico, desolado y triste por la pérdida de su hijo, clamaba sin cesar á san Benito que le resucitase, como dice en sus diálogos el Papa san Gregorio el Grande, hablando de este milagro, debido á los méritos de san Benito.

Artículo 6.º

Cura á una tullida y enferma.

El año de 1612, en el pueblo de Vega de Riacos, Toribio Moreno y María Bravo tenían una niña de seis años tullida de pies y manos, tan enferma que se iba secando poco á poco. No hallando en la medicina remedio alguno, buscóle su padre, y le halló pronto y barato en la intercesión de María Santísima del Brezo; ofrecióla su hija con una novilla, y la niña, que hasta entonces habíase negado á toda especie de alimentos, con el hastío más notable y extraño pidió al punto que la trajesen qué comer, y sin auxilio ninguno se levantó de la cama con una agilidad de pies y manos como si nunca hubiera padecido semejante dolencia. No parece sino que, á ruegos de la Virgen Santísima, que es la *salud de los enfermos*, dijo el Divino Jesús á esta niña, como al paralítico del Evangelio, *surge et ambula*, levántate y anda. Bendita sea mil veces la Madre de las misericordias y la repartidora de los dones del Señor en favor de sus devotos los fieles.

Artículo 7.º

Restituye la salud á un enfermo desahuciado.

En 1613, en la ciudad de León, Felipe Rodríguez, estudiante, asistente del Sr. Canónigo Carbonera, se hallaba enfermo de tanta gravedad y peligro, que después de un año de padecer y de todas las medicinas posibles, se vió abandonado ya de los médicos por incurable. En tan triste desamparo y con la muerte á los ojos, apeló á la fuente de la salud y de la vida, ofreciéndose muy de corazón á Nuestra Señora del Brezo, y que si llegaba á cantar Misa la daba palabra de ir á su templo á decirla un novenario. Oyó benigna sus ruegos María Santísima, y fué nuestro Señor servido de que luego mejorase, y pasó á cumplir su promesa.

Artículo 8.º

Resucita á una niña muerta de repente.

En el año 1617, en la villa de Valcobero, una niña llamada Francisca, hija de Juan García, cayó repentinamente sin vida á los pies de su padre, que dejando la labor del campo, con la más viva

aflicción, se dirigió á casa con aquel tierno cadáver en los brazos. Entre tanto que se disponía el entierro, por apartar sus ojos de tan lastimoso espectáculo, la ofreció su madre á Nuestra Señora del Brezo, con un novenario de Misas. ¡Oh gran poder de la fe, cuán grandiosas son tus maravillas! Apenas acabó esta buena mujer la súplica, volvió en sí la niña con tan vivos colores como si nada hubiera pasado por ella.

He aquí la victoria que vence al mundo; la fe que puede trasladar los montes, como lo hizo, de un punto á otro; cuando los Apóstoles resucitan los muertos y curan los enfermos en nombre de *Jesús Nazareno*, ¿qué no podremos esperar de la que es *Reina de los Apóstoles* y Madre de Jesús, si con una fe tan ardiente imploramos sus misericordias?

Artículo 9.º

Cura á un baldado y libra de la muerte á una niña.

En 1620, Alonso Calvo, vecino de Muñeca, cerca de Guardo, por el largo espacio de muchos años vivió tullido de pies y manos y baldado de todo el cuerpo, en términos de no tener movi-

miento alguno. Habiendo llegado á su noticia las grandes maravillas de la *Virgen del Brezo* en favor de semejantes enfermos, con esta esperanza consoladora hizo que le llevasen en un carro al Brezo, ofreciendo á la Santísima Señora servirla en su casa todo el resto de su vida. Dichoso, en verdad, ha sido el hombre que, en premio de su fe y confianza en la Madre de los afligidos, aun antes de llegar á adorarla, sintió en el camino notable mejoría, y restablecido en breve á su antigua sanidad y perfecta salud, se quedó perpetuo esclavo de la Emperatriz Soberana del Universo.

En el pueblo de Lomas, cerca de Carrión, estando una niña, hija de Juan Pérez, entretenida con otras al tiempo que pasaba un carro cargado, la cogió una rueda y la atravesó por medio del cuerpo. Cuando la vió su padre exclamó: «¡Válgate Nuestra Señora del Brezo!» Se acercó á levantarla, y creyendo como todos que estaba dividida en dos pedazos, como era de presumir en su tierna edad, no sólo la encuentra viva, sino que vió con asombro que no tenía lesión alguna. Así recompensa el Señor la fe en su divina bondad, y la devoción fervorosa de los fieles á la Madre de Dios.

Artículo 10.

Socorre á una mujer gravemente tentada.

En 1620, María García, viuda, en el pueblo de Villaverde de la Peña, se vió atormentada por el vehemente deseo de quitar la vida á una persona en venganza de cierto agravio. En medio de tan rabiosa pasión, no dejaba de acordarse de la gravedad de la culpa y sus fatales consecuencias. Pero una vez tocada de la tentación furiosa, hállase ya casi negada á desviarla de sí. Discurre los medios para la ejecución, mas acordándose de su antigua devoción á la Virgen del Brezo, la suplicó enternecida que la librase de una tentación tan peligrosa, y se quedó muy serena. Pero como el demonio en estos casos procura doblar las baterías, para triunfar de las almas, volvió la pobre mujer á ratificar sus malignos intentos. Busca las armas que puede y sale con los mayores impulsos de ejecutar su designio, porque el demonio habia tomado por asalto el castillo de su alma; no encuentra á su enemigo y vuelve más furiosa á su casa. Se fué á la cama muy pesarosa de no haber consumado el crimen; y estando en la meditación de su misma cólera, oyó una voz que la dijo: «No

hagas lo que piensas, que te vendrá por ello mal y mucho daño.» Y volviendo atónita los ojos hacia donde había oído la voz, vió sobre una grande arca á Nuestra Señora del Brezo, cercada toda de luces, y entonces la mujer exclama: «¡Oh Madre clementísima, y cuánto debo á tu amor!» Desapareció la Virgen dejándola del todo tranquila, mudada y favorecida, y al día siguiente muy temprano pasó al Brezo á darla mil agradecimientos por tan alta dignación y tan imponderable fineza, confesándose de su culpa y haciendo de ella penitencia.

Artículo II.

Sana enfermos y tullidos.

En el año de 1621, Juana Fernández, vecina de Castrejón, fué acometida de un dolor de costado tan agudo, que sin bastar los recursos de la medicina, de tal modo se desconfiaba de su salud que sólo se procuró disponer las cosas del entierro. Acertó á llegar en este lance tan crítico el P. Cisneros, prior á la sazón del Brezo, y tomando de la mano á la enferma, la dijo en alta voz que se encomendase á Nuestra Señora del Brezo, que él la prometía, en su nombre, la salud. En el mismo

instante, la que por carecer del uso de los sentidos juzgaban todos difunta, abrió los ojos, y con muchas lágrimas invocó el patrocinio de la Santísima Virgen, ofreciéndola, si la sanaba, *ir de rodillas* á visitarla á su templo. Apenas pronunció la promesa, fué favorecida con la *visión* de Nuestra Señora, que la consolaba y animaba con la esperanza de su salud; favor singular que repitió la divina Señora visitándola otras dos veces por la tarde y de noche, hasta que la concedió la salud prometida; y pasando luego la devota al Brezo á pagar á la Soberana enfermera tantas visitas, quiso llevar la mortaja que la tenían preparada, como trofeo de su gran misericordia.

En el mismo año, dos monjas de Santa Isabel, en la villa de Carrión, una gravemente enferma y otra tullida de pies y manos, sabiendo los milagros que Dios obraba por la intercesión de Nuestra Señora del Brezo, se encomendaron muy de veras, con algunas ofrendas, á esta milagrosa imagen y una sanó súbitamente y la enferma se levantó buena dentro de seis días; quedando tan aficionada y agradecida que á todos los enfermos persuadía que se encomendasen con toda confianza á esta Soberana Señora.

En el mismo año, un mozo de tierra de Burgos, llamado Juan, padecía con frecuencia una opresión de corazón que le dejaba en la última agonía. Oyendo la fama de los milagros de la Virgen Santísima, vino en romería á visitar la del Brezo. En las cuatro noches primeras le acometió el mal con más violencia que nunca; pero confiado siempre en la gran piedad de la Madre de los afligidos y de los enfermos, prosiguió su novenario y mereció verse libre para siempre, por su fe y constancia, de tan molesto y mortal accidente.

Artículo 12.

Hace otros milagros en favor de sus devotos.

En 16 de Septiembre de 1683 halláronse de tránsito en el pueblo de Valsurvio Juan de Santa María y Simón Abad, vecinos de Perapertú, en tierra de Aguilar, después de puesto ya el sol, con un carro de sal, yerba y centeno que para sus casas llevaban. En el prado que llaman de los Linares, sucedió que al revolver se trastornaron los bueyes con el carro y la carga y fueron rodando hasta el río. Luego que Juan advirtió el

grave peligro en que estaban, exclamó con mucha fe: «¡Oh Virgen Santísima del Brezo, favorecedme, que yo os ofrezco un celemín de sal!» Consiste, pues, el prodigio en que, habiendo rodado por dos fragosos linderos el espacio de más de 60 pasos, no se quebró el carro, ni se desencajaron las ruedas, ni se rompieron los costales, ni se hicieron daño los bueyes, por lo que, reconocidos á tan singulares favores, pasaron al otro día á cumplir su promesa en presencia de Luis Santos, vecino de Muñeca, Felipe Peláez y Juan, su hijo, vecino de Villafría.

En el año de 1702, León de las Heras, vecino de Velilla de Tarilonte, subióse á un roble de 40 pies de altura para coger la hoja, y estando en la cima desgajóse la rama que le sostenía y se cayó de espaldas, para mayor desgracia, sobre unas piedras. María González, su mujer, que estaba á la vista, invocó en el acto á Nuestra Señora ofreciéndola un buey. En esta peligrosa caída, con el peso del cuerpo y la violencia del golpe, hizo un hoyo en el suelo y comenzó á arrojar mucha sangre por la boca. Hizo la Santísima Virgen, dice la historia, con esta pronta evacuación, lo que tardaría en hacer un cirujano, y sin otro

remedio se trasladó á su casa sano y bueno. No se contentó, como agradecido, con llevar á Nuestra Señora el buey ofrecido por su mujer, sino que también la llevó el roble de donde había caído, como el doble instrumento de su desgracia y del milagro.

En 1672, el Lic. D. Francisco de la Fuente, natural de Respenda y rector de la villa de Ferral, volviendo por el mes de Agosto de cazar, se le espantó la yegua, al mismo tiempo que se le disparó la escopeta. Azorado el animal con el estrépito del tiro y más irritado con la casual aplicación de la espuela, le arrojó furiosamente de la silla y llevóle arrastrando más de 30 pasos. En tan inminente peligro de perecer, invocó muchas veces los dulcísimos nombres de Jesús y de María Santísima del Brezo, con tan feliz éxito, que, sin saber cómo, se encontró hincado de rodillas sin el menor daño. Fué al otro día á celebrar una misa en acción de gracias á la Virgen, y mandó perpetuar en un cuadro la memoria de tan singular acontecimiento, para aumentar, con otros infinitos, las más bellas decoraciones del templo de María.

Artículo 13.

Libra á un hombre sepultado por la nieve y convierte á un caballero de su mala vida.

En 1633, subiendo la cuesta que llaman de la Tevilla, Miguel Rojo y Juan Madro, vecinos de Valcobero, corría un viento tan furioso que, derribando gran cantidad de piedra, quedaron sepultados bajo de su helada y pesada mole. Pudo al fin salir Juan, que buscando y llamando á Miguel no le halló. Suponiéndole muerto ya, después de cuatro horas de haber sucedido aquella catástrofe, pasó corriendo al pueblo en busca de gente para descubrirle y enterrarle, cuando al venir los vecinos le encontraron camino ya del pueblo, y les dijo que no se admirasen de verle vivo, porque al tiempo de caer se había encomendado á la Virgen del Brezo con grandísima fe, y que su Majestad le había librado sin daño ni perjuicio alguno.

Concluye el historiador con un caso prodigioso, nuevo testimonio de los beneficios inmensos que deben á la poderosa intercesión de esta gran Señora los que solicitan humildes su clemencia.

En cierta numerosa población, vivía un sujeto

de mediana edad, tan sumergido en las inquietas olas de una pasión ilícita, que, si bien en ocasiones sentía los golpes de la conciencia, que le mostraba los peligros de su condenación eterna, no se resolvía á romper de una vez los hierros de su tirana esclavitud. Dura y ominosa pasión, por cierto, que hacían más interminable y pesada, no sólo la voluntad y el trato criminal, sino las falsas consideraciones del honor y del reconocimiento, con que dorando la copa de los vicios, suele hacer el demonio su comercio, llevando tantas almas al infierno: tan falsa y peligrosa es la razón de los respetos humanos que, por evitar el *qué dirán*, arrostra el hombre no pocas veces su perdición sempiterna.

Un amigo, especial devoto de Nuestra Señora del Brezo, supo, sin embargo, inspirarle valor y constancia para sacarle de tan lamentable estado, aunque sus consejos no hallaron gran resistencia, porque ya el Dios de Manasés había hecho lo principal ablandando aquel obstinado corazón. Fué por la noche á despedirse de su cómplice, y al escuchar su nueva resolución, en vez de seguir como él la inspiración del cielo, con la rabia de una furia le llenó de ultrajes, amenazándole de que *jamás la vería la cara*. ¡Terrible profecía que dentro de poco vió cumplida! En dos jornadas y

media llegó el buen caballero al Santuario, nueva Piscina de su anhelada salud, confesando que cuanto más se acercaba á la misteriosa soledad del Brezo, tanto más se aumentaba su alegría.

Luego que le descubrieron la hermosa imagen de la Virgen se le asomaron las lágrimas de gozo y ternura, quedando desde aquel momento tan cautivo de su majestuosa belleza, que sólo se acordaba de confesar y de llorar sus culpas, para merecer adorarla con pureza interior, sin el rubor de sus pasados desórdenes. Hizo confesión general, previo el examen más cumplido. Ponderando que hace algunos años no sabía lo que era gozo, ni alegría completa, en medio de los que el mundo llama placeres. Lección importante para los mal entretenidos.

Despidióse de María Santísima con singulares expresiones de reconocimiento y ternura, manifestando á los monjes su ardiente deseo de quedarse perpetuo esclavo de la Soberana Reina que le había logrado su apetecida libertad. Mucho fué su pesar cuando cerca ya de su pueblo le dieron la infausta nueva de que había muerto su desventurada cómplice, adorando los incomprensibles juicios de Dios; y si por un lado tenía el caso por un castigo del cielo, algún tanto le consoló la noticia

de que se había confesado y recibido los Santos Sacramentos.

Aunque es un dogma católico que la misericordia del Señor es grande, infinita, inmensa para con los pecadores; es, no obstante, muy conveniente que no se olviden nunca los ejemplares de este género, para que los viciosos y obstinados no abusen de la divina clemencia, y procuren acogerse cuanto antes al asilo seguro del arrepentimiento por la intercesión de la que es *consuelo de los afligidos*.

Bastan los casos transcriptos para mover á los fieles á invocar con devoción y fervor á la Virgen del Brezo, en todas sus necesidades espirituales y temporales, pues por ellos verán cómo la Señora socorre con cariñosa y maternal solícitud á cuantos la invocan con fe, y arrepentidos de sus culpas procuran agradecerla sirviendo á su Santísimo Hijo y Señor Nuestro Jesucristo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.



NOVENA

EN HONOR DE LA REINA DE LOS ÁNGELES

Nuestra Señora del Brezo.

ADVERTENCIAS

1.^a Las oraciones y preces que se hallan entre las dos ** se repiten todos los días de la Novena, menos la 3.^a oración, que cada día la tiene propia, y que completa el número de tres oraciones, en honor de los misterios de la **Concepción**, **Virginidad** y **Maternidad** de María Santísima.

2.^a Consistiendo la verdadera religión, al decir de Tertuliano, en imitar lo que veneramos, sería muy útil y conveniente que, al menos, durante la Novena, el esclavo de Nuestra Señora del Brezo se ejercitase en alguna virtud particular, ó en alguna obra piadosa, como limosna, visita de enfermos, sufragios por las ánimas, misa, rosario, etc., según las circunstancias especiales de cada uno, y, en uno

de los días de la Novena, recibir los Santos Sacramentos de Confesión y Comunión, siendo posible; pero siempre lo es y debemos cada uno consagrar á Dios por la mañana, en acción de gracias, todas las obras del día, con nuestro cuerpo y alma, sentidos y potencias, divinos dones que sólo para servirle, adorarle y amarle con ellos, los hemos recibido de la mano del Señor.

3.^a Para encender la devoción de los fieles á las cosas santas, es bueno saber el premio con que la Iglesia corona la práctica de algunas obras y santas oraciones. Por oír y celebrar con reverencia la misa está concedida y confirmada la gracia de 30.800 años de indulgencia por los romanos Pontífices Inocencio IV, Urbano IV, Sixto IV, Eugenio IV y Martino V; por una Salve, ó Ave María, delante de la imagen del Brezo, 200 días de indulgencia. Y así los fieles, para no quedar privados de tantos espirituales tesoros, debemos, por la mañana, siempre renovar la intención de ganar las gracias concedidas al ejercicio de las obras y virtudes cristianas.

*

Por la señal de la Santa Cruz, etc.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Dios y Señor mío, á quien los santos y los ángeles alaban y bendicen en el cielo y los justos sirven y adoran en la tierra: vedme aquí postrado á vuestros pies, lleno de confusión y con un gran dolor de todas mis culpas, pésame, Señor, de haberos ofendido, por ser vos quien sois, y porque mis pecados me han alejado de vos, que sois mi único bien y mi única esperanza. No más pecar, Dios mío; primero morir que ofenderos; antes bien quiero consagrarme á vuestro servicio y resarcir, en lo posible, todo lo mal hecho hasta hoy. Muchas veces he resuelto buscaros y me extravié; he deseado amaros y troqué el afecto; andaba en pos de un placer infinito y el más liviano me entretenía y disipaba. Dadme fuerza, Señor, en esta hora, para comenzar de veras á ser todo vuestro. Hacedme sordo, si el mundo me llama; fuerte, si la carne me incita; precavido, si el demonio acecha mi pobre alma. Vos me habéis dicho que pida y recibiré, que llame y se me abrirá la puerta, por eso pido,

como menesteroso, á mi Dios. Para mejor agradaros y asegurar el buen despacho de mi súplica, imploro el valimiento de vuestra Madre Santísima, ya que por mi bien se ha dignado bajar de los cielos á la santa soledad del Brezo.

PRIMERA ORACIÓN

A NUESTRA SEÑORA DEL BREZO.

¡Oh Pastora divina, que buscáis amorosa las ovejas perdidas del rebaño de Israel! Los horrores de esta soledad son transformados en un edén delicioso con vuestra soberana presencia. Nos habéis descubierto la imagen de vuestra hermosura con el fin de avivar nuestra fe, alentar nuestra esperanza y encender la caridad en nuestros corazones. ¡Oh suave medicina, cual es tu nombre para todas las dolencias humanas! No deseches, Reina hermosa, esta oración de tu pobre siervo, que, con entera confianza en tus divinas promesas, te suplica me alcances de tu Hijo la salvación de mi alma, que es lo que me importa sobre todas las cosas. También, Señora, me afligen las persecuciones de la Iglesia y los males de mi patria. Pero vos sois la esperanza del pecador, la defen-

sora de la Iglesia y la Patrona de España. Hablad, pues, al Señor y se salvarán los pecadores, la Iglesia y el reino. Jesús es rico en misericordias, pero su Madre amorosísima es la tesorera y repartidora de sus dones entre los desamparados. Ninguno lo es más que yo, desprovisto de buenas obras y falto, por lo mismo, de todo. Si os dignáis alcanzar de vuestro Hijo el alivio de mis males, yo prometo seros muy agradecido. Así os lo suplico en esta santa Novena, y lo espero, pues que vuestros fieles devotos mil veces gustaron las dulzuras del amor divino y los consuelos de vuestro patrocinio amoroso, para que, pasado el invierno de las tribulaciones, pueda con vos alabarle en la eternal primavera del paraíso por siempre jamás. Amén.

Actos de alabanza y reconocimiento.

A la Beatísima Trinidad y á la Santísima Virgen con doce Ave Marías y tres Padrenuestros, en memoria de las doce estrellas que coronan á la Reina de los Ángeles, en símbolo de las doce excelencias con que fué adornada por las tres Divinas Personas, á quienes lo agradecemos en su nombre. Se divide en tres saluciones:

Primera.

Os bendecimos, alabamos y damos gracias, ¡oh Señor, Dios Padre!, porque en uso de vuestro infinito poder, tanto ensalzasteis á vuestra amada Hija la Purísima Virgen María.

Padrenuestro que estás en los cielos, etc.

Dios te salve, María, de Dios Primogénita, llena eres..... etc.

Dios te salve, María, de la tierra gloria, llena eres..... etc.

Dios te salve, María, del mundo Señora, llena eres..... etc.

Dios te salve, María, de los cielos Reina, llena eres..... etc.

Gloria..... etc.

Segunda.

Os bendecimos, alabamos y damos gracias, ¡oh Señor, Dios Hijo!, porque en uso de vuestro infinito saber, tanto adornasteis á vuestra amada Madre la dulcísima Virgen María.

Padrenuestro que estás en los cielos..... etc.

Dios te salve, María, como la aurora bella, llena eres..... etc.

Dios te salve, María, como el lucero clara, llena eres..... etc.

Dios te salve, María, como la luna hermosa, llena eres.... etc.

Dios te salve, María, como el sol escogida, llena eres..... etc.

Gloria..... etc.

Tercera.

Os bendecimos, alabamos y damos gracias, ¡oh Señor, Dios Espíritu Santo!, porque en uso de vuestro infinito amor, tanto agraciasteis á vuestra amante esposa la Santísima Virgen María.

Padrenuestro que estás en los cielos..... etc.

Dios te salve, María, sola inmaculada, llena eres..... etc.

Dios te salve, María, sola predilecta, llena eres..... etc.

Dios te salve, María, sola perfecta, llena eres..... etcétera.

Dios te salve, María, sola Virgen Madre, llena eres..... etc.

Gloria..... etc.

SEGUNDA ORACIÓN

A NUESTRA SEÑORA

¡Oh Princesa de los cielos! que bajo el título del Brezo te hiciste nuestra protectora divina, en la cual cifra sus complacencias la adorable y Santísima Trinidad con asombro de los Angeles, Madre dulcísima, llena de piedad y en extremo compasiva de nuestras miserias, ¡ah! perdonad nuestro olvido, y con el fuego que arde en vuestro corazón purísimo, derretid el hielo de los nuestros. ¡Oh María dulcísima! esperanza del pecador, pues habéis derrocado sola todas las herejías del Universo, levantáos ahora y haced ostentación de vuestro poderío. Mirad esa Iglesia Santa, la immaculada esposa de vuestro Hijo adquirida con el precio de su sangre; ved los ultrajes que sufre de sus perseguidores..... ¡Oh dolor! la Señora de las naciones yace hollada, envilecida, escarnecida, rasgada su preciosa túnica por sus propios hijos, gimiendo en esclavitud ominosa; la Hija del cielo..... Vos que sois terrible como los ejércitos en campo de batalla, volad en su auxilio, disipad las tinieblas de tantos vicios y de tantos errores. Hablad á los incrédulos

en el tono imponente de los prodigios. En el nombre adorable y augusto de la Beatísima Trinidad, que os ha enriquecido con sus dones y prerrogativas excelsas, dad salud al enfermo, consuelo al afligido, contrición al pecador y fervor al justo; alcanzadnos el don de la perseverancia final en gracia del Señor, para merecer con vuestro patrocinio la posesión de la felicidad con el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

*

Después de esta oración, pedirá cada uno á Nuestra Señora el remedio de sus necesidades.

DÍA PRIMERO

Sobre la fe de María Santísima Nuestra Señora.

Tercera oración.

¡Oh soberana Emperatriz del Universo; la más bella corona del género humano, adornada con el resplandor de todas las virtudes! De tal manera encendió la fe vuestro corazón é ilustró vuestro entendimiento que, cuando el mundo no creía que un Dios se hiciera hombre, vos confesábais que

nada era imposible á su Omnipotencia, de modo que, según vuestro amado san Ildefonso, á la fe de que vivíais vos misma dábais la vida; ya, pues, que habéis aparecido en la soledad del Brezo para encender aquel fuego divino que desea Jesús que arda en nuestros corazones, os damos rendidas gracias por tan señalada fineza, confesando que á vos somos deudores de la fe católica en vuestro reino de España y el no haber apurado hasta las heces el cáliz de mortal amargura que agotaron otras naciones hasta su más desastrosa desolación y exterminio. Haced, Señora, que su radiosa luz disipe las tinieblas del error para creer firmes en la fe, vivir según ella y ser con verdad llamados, como quiere san Pablo, *hijos de la luz*; haced que nunca nos abandone esta luz esplendente, Madre amorosísima, para que podamos llegar con ella al monte santo de la gloria. Amén.

DÍA SEGUNDO

Sobre la esperanza de Nuestra Señora.

Tercera oración.

¡Oh hermosa Reina de los Ángeles, asilo de los desamparados mortales y maestra de nuestra espe-

ranza! pues no sabéis mirar nuestros pesares sin prevenirnos con los consuelos, con razón os apellida san Efrén *única esperanza de los pecadores*. Vuestra venida á las erizadas rocas del Brezo, es como la aparición del Iris en la nube, la precursora de nuestras dichas espirituales, pues de vos huyen las horribles tempestades del corazón; vos sois la fuente sellada del amor divino, de la que salen á torrentes la bendición, la felicidad y la vida de vuestros devotos. Vos sois, Ester divina, la delicia y ornamento de estas montañas; siendo España vuestra herencia, os habéis dignado volver á visitarla en los momentos de mayor tribulación, como la salvadora de este antes infortunado y ahora venturoso reino. ¡Ah! ¿Qué hubiera sido de los españoles sin vuestra visible protección? Los horrores, la desolación, la sangre, el fuego que borrarón los pueblos del Norte, del Mediodía y del Oriente del mapa de las naciones, fueran castigo muy leve comparado con nuestros pecados. Si mi patria pecadora no ha perecido bajo el yugo de la esclavitud más afrentosa, como la ingrata Jerusalén y la orgullosa Babilonia, todo lo deben sus hijos al amor de María. No miréis, Reina clementísima, nuestras culpas, sino á la misericordia é indulgencia que habéis usado con los infelices que se aco-

gen á vuestro amparo. ¡Oh dulzura de nuestra esperanza! ¡Oh Sacratísima Virgen del Brezo! si vos nos desamparáis ¿á dónde volveremos los ojos? Haced que esta virtud divina haga brotar en nuestros corazones frutos de santidad, y con razón será vuestro patrocinio la corona de nuestra esperanza en la tierra y en el cielo. Amén.

DÍA TERCERO

Sobre la caridad de la Santísima Virgen Nuestra Señora.

Tercera oración.

¡Oh Madre soberana de Dios y de los hombres desde la escena dolorosa del Calvario! Vos sois la mística rosa del Brezo, en cuya soledad sabéis prevenir nuestros pesares con la suavísima fragancia de vuestras consolaciones, donde sois el único consuelo en las aficciones que nos cercan por todas partes. De vos huyen todas las tribulaciones de la vida, pudiendo ablandarse con el fuego de vuestra caridad hasta la dureza de las rocas. Bien podemos, Virgen gloriosa, exclamar con san Pedro Damiano y san Germán que nos amáis con un amor invencible, y que ninguno es libre ni salvo

sino por vos. Díganlo si no los enfermos, los paráliticos, los pecadores y los muertos; unos que os deben la robustez antigua de sus áridos miembros, otros la salud, éstos que se reconciliaron con el Señor ofendido y aquéllos que volvieron con vuestro amante patrocinio á la luz de la vida. Tan agradable es á vuestros oídos, ¡oh divina bienhechora! la invocación de vuestro nombre bajo el título del *Brezo*. Bien lo acreditan los simulacros de la piedad cristiana que decoran las paredes de este sagrado templo. Haced, pues, Señora que inflame nuestros fríos corazones una centella de aquel amor inmenso que en vos ardía, para que amemos á vuestro Hijo con todo nuestro corazón, sufriendo por su amor los trabajos de la vida, para lograr, á la sombra de vuestra protección, gozarle después en la gloria. Amén.

DÍA CUARTO

Sobre la humildad de la Virgen Santísima.

Tercera oración.

¡Oh Virgen gloriosísima del Brezo, Océano inmenso de perfecciones, consuelo y vida de todos los seres humanos! pues que os debemos la vida de la gracia, ¿quién será capaz de engrandecer y

loar dignamente vuestra humildad? Pues como dice san Vicente Ferrer, leyendo vos la profecía de la Encarnación, llorábais, deseando ver aquella venturosa Virgen, sin pensar en que podíais ser vos la escogida por el Altísimo; ¡oh verdadera humildad!, exclamaré con san Agustín; ¡oh humildad que dió á los hombres vida, renovó los cielos, abrió el paraíso y libertó las almas del infierno! Dichosa os llamarán todas las generaciones; pues, al par que enaltecida por la soberana omnipotencia, decís que sois *la esclava del Señor*. Y nosotros, Señora, ¿cómo podemos ensalzaros por tantos bienes y tesoros como nos dispensáis en esta soledad? Vos, libertándonos de nuestros invisibles enemigos, habéis trasladado al Brezo el trono de las misericordias del Señor. Las huestes de Rómulo y Gensericó, las medias-lunas vencedoras del Guadalete y la soberbia del tirano que, cual un cometa aterrador, apareció sobre el trono de san Luis, cayeron destrozadas, y huyeron los demonios al nombre de la divina defensora de España. ¡Ojalá que nosotros los ingratos españoles no hubiéramos, como los judíos, clamado con delirante furor que la sangre de Jesús cayera sobre nuestras cabezas con los males, estragos y desolación que vinieron sobre España! ¡Oh Madre querida! habed compasión de

nuestras miserias; encended en nosotros la hermosa virtud de la humildad, para que, lejos de nuestros corazones los vicios y pecados que tanto irritaron al *manso y humilde Jesús*, con ella merezcamos la corona de los justos en la gloria. Amén.

DÍA QUINTO

Sobre la pureza de la Santísima Virgen.

Tercera oración.

¡Oh luminosa estrella de consolación, norte de seguridad, aurora del divino sol de justicia, Virgen Santa del Brezo! ¡Oh Judit valerosa, á quien debe España su libertad de la tiranía del demonio, de la herejía y del error en que yacen oprimidas otras desoladas naciones! Vuestra imagen es la fuente perennal de todas las felicidades, en favor de todos los devotos, que vienen á ofreceros en vuestro santuario la grata ofrenda de sus humildes y castos corazones. No, Señora, sin el encendido carbón de Isaías no es dado á un mísero mortal encarecer la virtud de la pureza que os adorna y ensalza tanto. «Habiendo de nacer un Dios, dice san Agustín, sólo podía nacer de una Virgen; y si una doncella, sin dejar de ser Virgen, había de ser

Madre, sólo podía dar á luz á un Dios.» Vos sois, ¡oh Virgen de las Vírgenes! la que tremolando el estandarte de la castidad habéis llenado los cielos y la tierra con las balsámicas flores de la pureza, que perfuman con su fragancia los jardines de la Iglesia. Por esta excelsa virtud que os hace superior á los Ángeles, purificad los deseos de nuestros corazones, para que, ceñidos con ella, conservemos tal pureza de alma y cuerpo que seamos dignos de acompañaros en la gloria. Amén.

DÍA SEXTO

Sobre la sumisión de la Virgen á la voluntad de Dios.

Tercera oración.

¡Oh alegría de los cielos, consuelo de los tristes, refugio de los pecadores! Si comparamos nuestra ingratitud orgullosa con la paciencia de María en las tribulaciones y su entera sumisión á las órdenes del Altísimo, nos llenamos de rubor y no somos dignos de alzar los ojos al cielo y menos á la Madre de misericordia, que lo es tan sólo de los humildes y reconocidos. Sola vos sois la fuente de todas las gracias; la única que puede consolarnos con la esperanza del perdón; como que sois ¡oh Reina

clementísima! la Madre del *Juez* y de los *reos*. No contenta con defendernos del dragón del abismo, que busca rabioso nuestras almas para devorarlas, os habéis constituido en la soledad del *Brezo* visible protectora de todos los que con fe viva y devoción ardiente acudan á vos, no sólo como torre de David, que lo sois para defendernos, sino como Maestra divina que nos enseña el camino del cielo por la sumisión á la voluntad del Señor, que es la que conduce á la vida eterna. Dadnos, Virgen amabilísima, la paciencia que, según vuestro santo Apóstol, es necesaria para merecer la corona después del combate de la vida, sufriendo con resignación los trabajos y molestias humanas; dadnos fuerzas para domar nuestras pasiones, para servir más lealmente á vuestro Hijo Santísimo, logrando de esta manera, con vuestro patrocinio, la salvación de nuestras almas. Amén.

DÍA SÉPTIMO

Sobre el amor de María Santísima á los hombres.

Tercera oración.

¡Dios te salve, gloriosísima Reina, alcázar de Sión y seguro baluarte de los infelices pecadores!

Tú eres la conductora de tus fieles amantes á las deleitosas mansiones del paraíso; Tú eres la paloma posada en la margen de la fuente del Brezo para detener la venganza del Señor en favor de tus hijos los mortales; Tú eres la alegría de Israel, la gloria de la Iglesia y el honor del pueblo español. A Tí ¡oh Señora! se levanta mi rostro abatido; á Tí miran los ojos de mi corazón, desgarrado por el furioso tropel de las pasiones, implorando tu misericordia; pues eres aquella blanca nube que uno de los profetas vió subir de la parte del mar, colmada de frescura y de aquel rocío que apaga el fuego abrasador del infierno. ¿Cómo es, Virgen gloriosa, que tu imagen del Brezo alegra los tristes, conforta los justos y santifica los pecadores? ¿Cómo es que apaga la sed rabiosa que ocasiona el pecado? Porque Tú eres la fuente de aguas cristalinas que fertiliza los amenos campos de la Iglesia; Tú, bella como la luna, escogida como el sol, más dulce que la miel en panal y suave como la fragancia del bálsamo; Tú llamas al desierto á todos los oprimidos con el peso de los trabajos, y llenas de reposo espiritual sus corazones. Los que allí te buscan, encuentran la vida y beben la salud. ¡Dichosos los que, imitando tu ardiente amor á los hombres, se acercan al nuevo solio de tus bonda-

des! Alcánzanos este divino y recíproco amor, para con él alabar eternamente á tu Hijo Jesús y á tí, Reina de los Ángeles. Amén.

DÍA OCTAVO

Sobre la oración de la Santísima Virgen.

Tercera oración.

¡Oh estrella radiante, que guías al cielo las almas de los que caminan por el oscuro y proceloso mar del mundo, que con el ejemplo de tus admirables virtudes enseñaste á los hombres á buscar en la *oración* los tesoros de la gloria y el remedio de sus males! con la posible devoción te veneramos como Madre de Dios y nuestra; oid, os suplico, esta oración humilde ¡oh Madre amantísima! porque, si bien mis culpas apartan vuestros ojos de un mortal delincuente, la piedad de vuestro compasivo corazón se ha manifestado en favor de los afligidos y menesterosos en la sierra del Brezo. Muchos son ya, Señora, los que deben su conversión y su salud al ardor de vuestra oración y á vuestro celo por la salvación de las almas. Desde el trono que vos elegisteis para premiar la confianza de los fieles en vuestro amparo, encended, reina Santísima, el celo

de la honra de Dios en estas montañas y en todo el reino, dispensando los tesoros de la gracia que derramáis á manos llenas sobre los que de corazón os aman, para que, siguiendo vuestras pisadas, os alabemos agradecidos en el cielo. Amén.

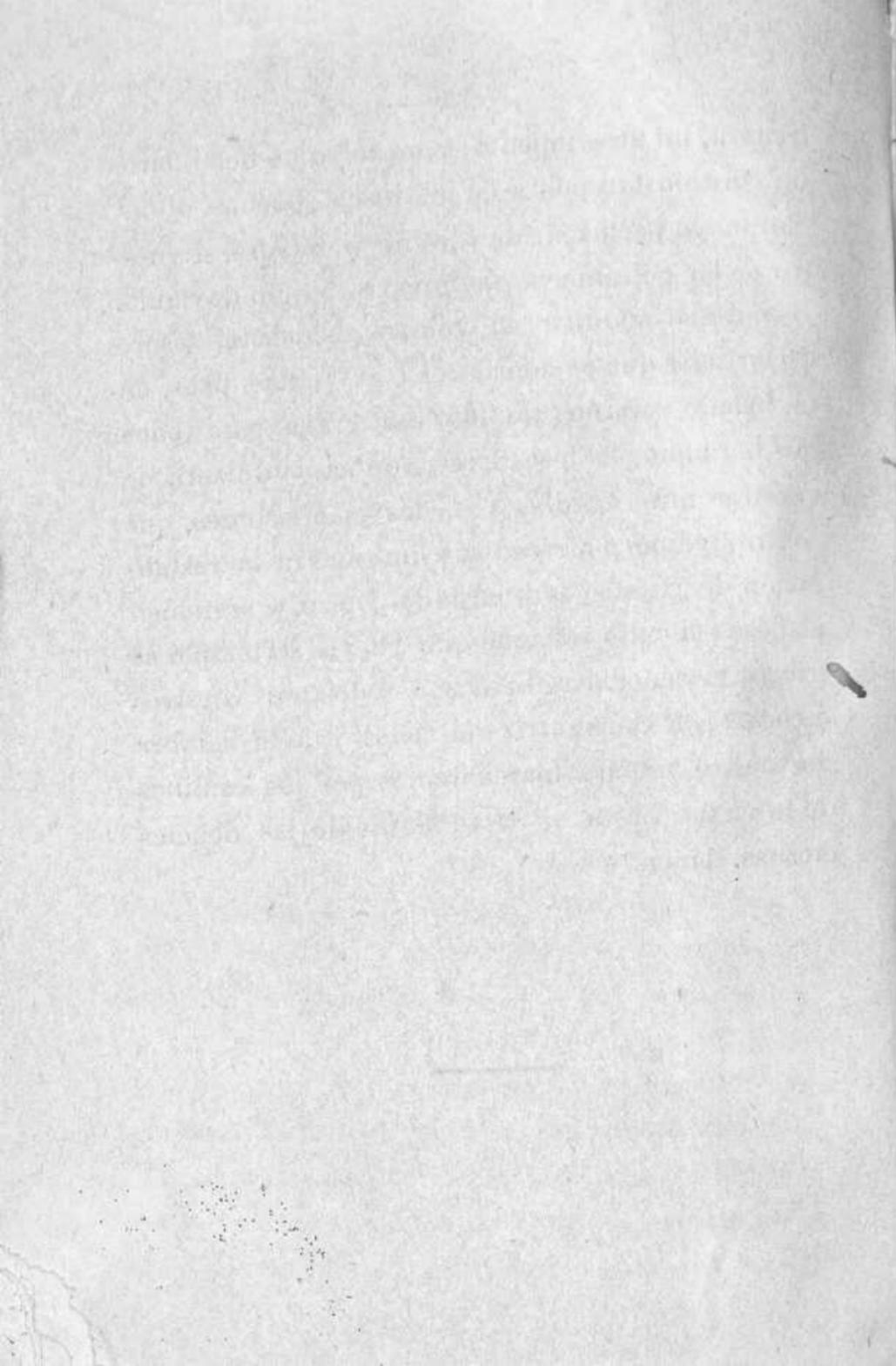
DIA NOVENO

Sobre la santidad de la Virgen Nuestra Señora.

Tercera oración.

¡Oh Virgen admirable, embeleso de los cielos y de la tierra! ¿Qué no debemos esperar de una Madre que tanto puede y que nos quiere tanto? ¿Cuál debe ser nuestra devoción á la hermosa Hija del Príncipe? Su patrocinio es tanto más urgente cuanto es más cercano el terrible momento de nuestro viaje á la eternidad. Después de Jesús, nuestro hermano y medianero en el tribunal de Dios, María es nuestra más firme esperanza; alcanzados, pues, ¡oh Reina excelsa! la riqueza de las virtudes, que son el elemento conservador del mundo. ¡Oh madre de Dios! ¡oh dulce bien mío! Si mi corazón humilde puede responder á las finezas de vuestro amor, os le ofrezco gustoso, os lo doy contento, pero..... ¿qué digo? ¡Ah! perdonad,

Señora, mi atrevimiento; porque yo no debo daros un corazón tan pobre de méritos y buenas obras. No puedo participar de vuestras bondades, si vuestro poder no renueva en mí el prodigio de Saulo. Bien deseo adquirir en vuestra escuela el tesoro de virtudes que os adornaron; grabadlas, pues, en mi helado corazón; imploro esta gracia para todos mis hermanos los pecadores; suplico la dulzura de vuestras misericordias para los bienhechores, que contribuyeron y ofrecen sus limosnas á la restauración de vuestro santuario del Brezo, y sostienen piadosos el culto solemne que ya en su templo se tributa al Señor. Recibidnos á todos por vuestros esclavos ¡oh Emperatriz del cielo! y á la sombra de vuestro amparo marcharemos por los caminos de la virtud hasta el Sacro Monte de las delicias eternas. Amén.



Li brad, pues he mos can ta do Dul ce

1.^a y 2.^a voz

Pues á can tar tus lo or es nos de

Bajo

Ma dre tus pie da des.—*Respuesta.* Los cuerpos de en fer me da des di ca mos a ho ra Vuel ve tus o jos Se ño ra

Y las al mas de pe ca do... *Estrofas.*

á nos o tros pe ca do res 1.^ª Del bre zo entre los ho rros

En tre ga da ya al ol vi do fuis te un te so ro es con di do des un bier to

por pas to res Cerca da deres plan do res sed co mo ent onces An ro ra Vuel ve

Respuesta

GOZOS

Á LA VIRGEN DEL BREZO

*Pues á cantar tus loorés
Nos dedicamos ahora,
Vuelve tus ojos, Señora,
A nosotros pecadores. Ave María.*

Del Brezo entre los horrores

Entregada ya al olvido,

Fuiste tesoro escondido

Descubierta por pastores:

Cercada de resplandores

Sed, como entonces, Aurora.

Vuelve tus ojos, Señora, etc.

Por más que otro pueblo honores

Te quiso dar, preferiste

Al Brezo, donde volviste

A repartir tus favores;

Para que no los menores

Por nuestras culpas ahora,

Vuelve tus ojos, Señora, etc.

Los gemidos, los clamores

Viven de aquí desterrados;

Pues que por tí son curados

Nuestros males y dolores:

Para que más superiores

Gracias logre quien te implora,

Vuelve tus ojos, Señora, etc.

De la muerte los rigores

O se quedan en amago,

O con santa muerte el pago

Les das á tus servidores;

Para salir vencedores

En esta temible hora,

Vuelve tus ojos, Señora, etc.

Finezas mucho mayores

Se ven en tu templo augusto;

De él sale el pecador justo;

Los justos salen mejores;

Para ser todos deudores

De las gracias que atesora,

Vuelve tus ojos, Señora, etc.

Los rayos abrasadores

Del justo Juez á tus aras

Respetan. Si nos ampara,

Calmarán nuestros temores;

Para evitar sus furores

Sed Vos nuestra intercesora.

Vuelve tus ojos, Señora, etc.

Con mil gracias interiores,

Que son de tu amor señales,

A tus devotos leales

Aumentas hoy los favores;

Por que no sean menores,

Nuestra piedad corrobora.

Vuelve tus ojos, Señora, etc.

Librad, pues hemos cantado,

Dulce Madre, tus piedades,

Los cuerpos de enfermedades,

Y las almas de pecado. *Amén.*

Librados de peste y guerra,

Y de todo mal librados;

Dad también y conservadnos

Los frutos de mar y tierra. *Amén.*

Y pues haces tan notoria

De tu bondad la eficacia;

Dadnos, Señora, la gracia,

Prenda cierta de la Gloria. *Amén.*

